COMEDIA FAMOSA.

POR ACRISOLAR SU HONOR, COMPETIDOR HIJO, Y PADRE.

DE DON JOSEPH DE CAÑIZARES.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey Don Sancho.
Fernando de Castro, Galàn.
Alvaro Anzùres, Galàn.
Tello de Lara, Galàn.
Hernan Ruiz de Castro, Barba.
Ramon Fernandez, Barba.
Calforras, Gracioso.
Doña Elvira, Infanta.
Doña Constanza, Dama.
Elena, Esclava.
Inès, Graciosa.
Damas.
Soldados.
Musica.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Suena dentro ruido de caza.

Unos. AL repecho, à la ladèra.
Otros. El Javalì corre herido
àzia el bosque. *Todos.* Ataja, ataja:
al valle, à la cumbre, al rio.
Dent. Fernando. Espera, hermosa Deidad,
espera, enigma divino,
no hagas tan presto un dichoso,
para hacer un desvalido.
Salen Fernando, y Calforras de Villanos, y Fernando con un venablo.
Sigueme, Calforras. *Calf.* Hombre,
dònde vàs? estàs sin juicio?
què locura te arrebata?
Fernan. Tienes razon, que es delito,
que aspire à ser venturoso
quien desdichado ha nacido:
ya me detengo, què quieres?
Calf. Preguntarte, què delirio
te lleva de essa manera,
rebosando desatinos
por el monte; pues haviendo
esta mañana salido
sin mì de essa Aldèa, que es
el Pueblo donde vivimos,
Ramon Fernandez tu padre,
y nosotros reducidos
à perpetuos compañeros
de las fieras, y los riscos;
aunque te he andado buscando,
por decirte, que à este sitio
à cazar con su sobrina

el Rey Don Sancho ha venido;
no te he podido encontrar
hasta aora, que dì contigo,
y mas valiera que no;
pues te hallo tan distraìdo,
ensartando disparates,
que, no sin causa, imagino,
que alguna gran novedad
te ha enredado los sentidos;
acaba de declararte.

Fernan. Sì harè, pues de tì me fio:
Rusticos habitadores *Passeando.*
de esta Aldèa, que al altivo
copete de aquella peña,
es tosco penacho rizo
(como dixiste primero)
somos desde que nacimos.
Ya sabes, que adorè en ella
en los tiernos años mios
à Constanza. *Calf.* Y sè las noches,
que hechos dos cencerros vivos,
cargados de hierro entrambos
ibamos à cierto sitio
à parlar por un redondo
agugero alto, y fruncido
de su casa; y que à la nuestra
algunas de ellas bolvimos
llenos de ambar atrassado,
que arrojaban los vecinos.

Fernan. Sabes tambien, que aunque oculta
viviò en el trage sencillo
de Aldeana, su nobleza
descubriò, quando supimos,
que el Rey embiò por ella,
para que viva al abrigo
de su prima Doña Elvira,
del Rey sobrina, en su mismo
Palacio; y el que se huviesse
criado en este retiro,
era que vivia su padre,
quien andando divertido
en la Guerra, la encargò
à un noble Escudero antiguo
de su casa, à que en la Aldèa
la criasse entre sus hijos.
Muriò su padre, y el Rey,
por pariente tan propinquo,
quiso assistirla, y llevòla
con su sobrina, y consigo
à la Corte. *Calf.* Sè tambien,
que la noche que nos fuimos
à despedir, al llegar
al acostumbrado sitio::-

Fernan. Dexame à mì pronunciarlo,
pues aun no cessa el sentirlo.
Al llegar à su ventana
un hombre embozado vimos,
hecho estatua de sus rejas;
y antes que de descubrirnos
huviesse tenido tiempo,
curiosos, y prevenidos
de un olmo, que de sus puertas
es verde dosèl florido,
como se usa en las Aldèas,
encubiertos estuvimos.
A corto espacio la reja
abrieron, y oyendo el ruido,
se llegò aquel embozado,
y de esta manera dixo:
(que el silencio de la noche
nos facilitò el oirlo)
Sois Constanza? desde adentro
el aspid de mis sentidos
respondiò: Sì; y prosiguiendo,
dixo èl: Pues ya ha querido
mi fortuna de un acaso
fabricarme aqueste alivio;
yo soy aquel cortesano,
que hartas veces haveis visto
en este vecino bosque,
de vuestros ojos divinos
ser idòlatra, esperando,
que de un oriente propicio
amanezcan muchos rayos
en dos soles divididos.
No pude escucharle mas,
porque haciendo en mì su oficio,
ò la colera, ò los zelos,
embestì con mi enemigo.
Sacò la espada brioso,
y à pocos lances, herido
midiò el suelo, confessando
(bien à pesar de su brio)
en el quedar perdidoso,
que estaba favorecido.
Alborotòse la Aldea,

y para que descubrirnos
no pudiessen, à la fuga
fue el entregarnos preciso.
Passè la noche entre penas,
ansias, quexas, y suspiros,
hasta que por la mañana
supe, que al primer indicio
de la Aurora, havia Constanza
de nuestra Aldèa salido
de orden del Rey, que à la Corte
la llamaba de improviso,
sin que mas satisfacciones
la debiesse el amor mio,
que en este ultimo accidente
el postrero parasismo
de mi amor; pues de su ausencia
enfermando mi cariño
al incendio de su agravio,
y de su tibieza al frio,
le entrò la accession de forma,
que en el ultimo conflicto,
le diò muerte el desengaño,
y le sepultò el olvido.
Libre, en fin, de amor me hallaba,
quando irritado Cupido
de que mi cervìz huviesse
desechado el yugo antiguo,
que por fiera de su carro
sujetar quiso mis brios;
segunda cadena aleve
à mi libertad previno,
que ni la rompa el esfuerzo,
ni la quebrante el arbitrio.
Y apenas oy el umbroso
natural verde artificio
del bosque huello, por sendas
de cantuessos, y tomillos,
escucho ruido de caza,
y à la novedad del ruido
por saber quien le motiva,
romeros, y adelfas piso.
Hallo un Montero, de quien
me informè, como à aquel sitio
llegò esta mañana el Rey
con la Infanta (que es lo mismo,
que veniste à noticiarme)
y como era su designio
cazar en el bosque, y luego
en esse Alcazar vecino
passar la fiesta: yo viendo
satisfecha en los principios
mi duda, buelvo la espalda
para seguir el camino
de la Aldèa; y al llegar
à un arroyo fugitivo,
que linea de plata al valle
cruza el semblante florido,
notè sentada en su margen,
gozando de su bullicio,
una muger, tan hermosa,
que à ser la region, que habito,
Chipre, juzgàra, que Venus,
dexando el Celeste olimpo,
para gozar de su Adonis
este campo havia escogido.
Pasmè al verla, y dudò al verme;
y haciendo el temor su oficio,
iba à bolverme la espalda,
quando turbado la digo:
Por què, divina hermosura,
te hurtas à los ojos mios?
si es tan apacible el riesgo,
dexa que dure el peligro:
no te ausentes, y merezca
el mundo el haver oy visto
igual belleza à la tuya,
la vez que esse cristal limpio
tu semblante ha duplicado,
de que ya desvanecido
và murmurando de essotros
arroyuelos cristalinos.
Cobròse al oìr mi acento;
y con un risueño estilo,
dexando vèr pocas perlas
el breve rubì partido,
agradeciò mi atencion,
y disculpò lo preciso
de su ausencia: fuese; y yo
sin norte, y sin alvedrio,
no atreviendome à seguirla
(porque assi me lo previno)
la dexè, y passè adelante
tan ciego, tan discursivo
del nuevo accidente, que
me iba diciendo à mi mismo::-
Dent. Musica. Escollo armado de yedra,

yo te conocì edificio.

Fernan. Parece, que por mis penas
esse acento ha respondido.
Què musica serà esta?

Calf. Què ha de ser? que divertidos
en tu cuento, hemos llegado
cerca del Alcazar mismo
en que està la Infanta; y mientras
el Rey caza en el distrito
del monte, ella con sus Damas
gozarà este regocijo.

Fernan. Pues torzamos por estotra
senda; y como ya te he dicho,
iba diciendo entre mì:
què es esto? quando me miro
libre de una esclavitud,
me impone Amor nuevos grillos?
Què senda para la fuga
ha de haver, traidor hechizo
del alma, si aquestos passos,
que à la libertad destino,
insensiblemente logras
me lleven al precipicio?
y que al sòn de la cadena,
diga en mi pena cautivo::-

Dent. Hern. Ay de aquel infelìz, cuyo delito
tiene en la propia culpa su castigo!

Calf. Aqueste es otro cantar.

Fernan. Valgame el Cielo! què he oìdo?
parece, que oy para mì
todo este valle es prodigios.

Calf. Què has de oìr? no sabes ya,
que este encantado Castillo,
que à vista de essotro Alcazar
està, contiene su abismo
una ignorada vision,
de que se oyen los gemidos
continuamente, y los golpes
de cadenas, y de grillos,
sin que hasta el dia de oy
ninguno se haya atrevido
de nuestra Aldèa à llegar
à saber por lo que dixo::-

Dent. Musica. Exemplo de lo que acaba
la carrera de los siglos.

Dent. Hern. Ay de aquel infelìz, cuyo delito
tiene en la propia culpa su castigo!

Fernan. Pues aqui de mi valor:
ya que he llegado à este sitio,
he de examinar su espanto.

Calf. Hombre, què dices?

Fernan. Què digo?
que he de rodear este fuerte,
y por el menor resquicio,
entrar à vèr quien es dueño
de este horroroso quexido.

Calf. A tì te tientan los diablos:
quedate con San Francisco.

Fernan. Què es quedarte? vèn tràs mì.

Calf. No tengo de ir, vive Christo.

Fernan. Vèn, ò te darè la muerte.

Calf. Detente, que ya te sigo. *Entranse.*

Dent. Fern. Llega, pues, que àzia aquel lado
abierta una reja miro.

Dent. Calf. El demonio, que llegàra.

Descubrese una reja, y se verà à Hernan Ruiz de Castro, viejo, con grillos, y cadena, sentado, y suspenso: y salen Fernando, y Calforras.

Fernan. Yo me arrojo: mas què miro!
Calforras? *Calf.* Señor? *Fernan.* No vès
aherrojado, y suspendido
un triste misero anciano,
acompañando à suspiros
el ruìdo de sus prisiones?

Calf. El duende es: yo me santiguo,
que como suele vestirse
mil veces de Fraylecito,
se ha vestido aora de viejo.

Fernan. Oye, pues, que habla consigo.

Dent. Musica. De lo que fuiste primero,
estàs tan desconocido::-

Hernan. De lo que fuiste primero,
estàs tan desconocido!
O què bien dice este acento,
que dulcemente atraìdo
(bien que distante del aire,
que me concede este alivio)
viene en esta soledad
à sèr compañero mio!
Yo que triunfè victorioso
de tanto Pendon Morisco,
como à mis plantas sirviò
de rojo tapete invicto:
Yo que le he dado à Castilla
mas triunfos, que lloro olvidos,

re-

reducido à vil prision!
Y lo que es mas, reducido
à mis imaginaciones,
mis mayores enemigos!
No te bastò, Hernan Ruiz,
perder tu esposa, y tu hijo,
sin que à tanta soledad
te reduzca tu destino::-
El, y Musica. Que de tì mismo olvidado
no te acuerdas de tì mismo!
Hern. Ay de aquel infeliz, cuyo delito
tiene en la propia culpa su castigo!
Fernan. Hombre es, que no es ilusion
el que quexarse ha sabido
tan bien, que mueve à piedad;
y el rostro no le distingo
con la mano en la megilla:
llega. *Calf.* Que llegue un Judìo,
que yo no quiero. *Fernan.* Pues yo
le hablarè. Anciano? *Hernan.* Què miro!
Hombre, quien quiera que seas,
no merece quien ha sido
tan infeliz, que hombre humano
le vea, ni oiga propicio;
perdona que huya de tì. *Vase.*
Fernan. Detente: cerrò el postigo.
Calf. Vès si digo verdad yo,
que es fantasma; y al que quiso
examinarla, al instante
se le ha desaparecido?
Fernan. Calla, necio: esta es prision,
que por sus graves delitos
debe de encerrar à este hombre.
Dentro Ramon. Fernando.
Fernan. Què es lo que he oìdo?
esta es la voz de mi padre.
Sale Ramon Fernandez, viejo, de Villano.
Ramon. Què haceis en aqueste sitio?
Calf. Andar à caza de duendes.
Fernan. Examinar un prodigio,
que oculta en sì esse eminente
Alcazar, à donde oìmos
ruido de duras prisiones,
quexas de tristes gemidos;
y al llegar à aquella reja
un grave anciano advertimos,
que cargado de cadenas
se lamentaba. *Calf.* Este quiso
hablarle, y en un instante
desapareciò: ello es fixo,
que es duende barbado.
Ramon. Ha! si
supiesses, Fernando mio,
quanto te tocan las quexas
de aquesse assombro que has visto;
yo sè, que con mas razon
te huvieran compadecido.
Fernan. Tocarme à mì?
Ramon. No lo dudes:
mas que las mias.
Fernan. Què has dicho,
padre? *Ramon.* No es tiempo, Fernando,
que ignores mas tus principios:
yo te he venido buscando,
porque el Rey al bosque vino
en busca tuya, y en busca
de tu padre. *Fernan.* Y le has podido
vèr tù? *Ramon.* Para què, si yo
tu padre no soy? *Fernan.* Divinos
Cielos, què escucho!
Ramon. Fernando,
distinto origen previno
en tu descendencia el Cielo.
El Rey Don Sancho es tu tio:
tu padre, Hernan Ruiz de Castro,
es el que viste oprimido
arrastrar infelizmente
las cadenas, y los grillos:
yo no soy mas que tu deudo.
Calf. Ay Jesus! esto và lindo;
parientes somos del Rey:
en el cuerpo me ha metido
cien assadores la nueva.
Fernan. Señor (yo estoy aturdido)
pues còmo siendo mi padre,
y haviendo al Rey merecido
tanto Hernan Ruiz de Castro,
vive en este estado indigno?
Ramon. Esso no puedo decirte.
Fernan. Pues de tanto laberinto
acaba, en fin, de sacarme.
Ramon. Vèn, que ya por el camino
te irè informando de todo.
Calf. Y àzia dònde và, aguelito?
Ramon. Azia la Quinta en que el Rey
està, que vèr ha querido

à su sobrino Fernando:
venid à casa conmigo
para vestiros de gala.

Calf. De contento salto, y brinco.

Fernan. Bien dixe yo, que este valle
todo oy para mì havia sido
assombros; y aun no han cessado
sus estraños vaticinios. *Vanse.*

Salen Doña Elvira, y Doña Constanza.

Elvira. Junto al arroyo quedè,
como sabes, sola, y triste:
pues tù otra senda seguiste,
y alli donde me hallò fue.
En toda mi vida vì,
Constanza, mas cortesano,
ni mas atento Villano.

Const. Mil veces me arrepentì
de haverte dexado; pues
segun pintarle has sabido,
es muy para conocido
un Labrador tan cortès.

Elvira. Si vieras, con què atencion,
con què brio, y entereza
hizo salva à mi belleza,
te llevàra el corazon;
bien que el tuyo estè inclinado,
y à Don Alvaro rendido.

Const. Ay prima! al contrario ha sido;
pues desde que he averiguado,
que èl en el campo me viò,
que à mis rejas espirando
una noche llegò, quando
quien yo aguardaba le oyò;
que cerrò airado con èl,
y que por èl (ay de mì!)
lo que estimaba perdì;
no hay veneno tan cruel,
que mas aborrezca el pecho.

Elvira. Hartas veces me has contado
aquel sucesso passado,
de que aun no està satisfecho
tu amante, y consiste, en que
à tu ventana llegò,
donde un embozado hallò,
que no supiste quien fue;
y que juzgando que era
à quien tù correspondiste,
su plàtica permitiste:
y el otro con saña fiera
llegò embistiendo con èl,
y à pocos lances le hiriò;
y assi que herido cayò,
con la confusion cruel,
que se dexa discurrir,
te retiraste à idear
satisfacer su pesar,
sin poderlo conseguir;
pues de alli à una hora llegò
quien de parte del Rey iba,
y te trajo donde viva
gustosa contigo yo;
aunque el verte disgustada
bastante pena me dà.

Const. Alegrese la que està,
Elvira, de un Rey amada
como tù, que en mì el pesar
se obedece como ley.

Elvira. Quièn te ha dicho, que ni el Rey
me ha merecido obligar?
Ahì veràs, Constanza mia,
los caprichos del amor,
que de un galàn Labrador
le agrada la bizarrìa,
quando desprecia un dosèl.

Const. Por cierto, capricho injusto.

Elvira. Intentas darme un gran gusto?

Const. Si. *Elvira.* Pues hablemos de èl.

Const. Mucho te gusta en verdad.

Elvira. Es memoria, que merece.

Const. Essa memoria, parece
que và siendo voluntad;
y de un Villano, no infiero,
que digno de tu amor sea.

Elvira. Y el que tù amaste en la Aldèa,
Constanza, era Cavallero?

Const. Sì lo era, que à mi entender
quiso encubrirse por algo.

Elvira. Pues tambien si esse era Hidalgo,
estotro lo puede ser:
su discrecion lo mostrò;
que me hables assi me espanto.

Const. No, no te apassiones tanto,
que no te le ultrajo yo.

Sale Elena, Esclava.

Elena. El Rey tu tio, señora,
ya la batida acabada,

buel-

buelve à la Quinta. *Elvira.* Elena,
te ha divertido la caza?
Elena. A quien natural triſteza
le oprime, todo le canſa:
Y mas la continua imagen *ap.*
de ſu delito. *Vaſe.*
Conſt. Eſta Eſclava
me dà en què penſar, Elvira;
ſiempre la hallo diſguſtada.
Elvira. Es rara ſu condicion:
jamàs la he viſto la cara
alegre, deſde aquel dia,
que ſucediò la deſgracia
de la eſpoſa de Hernan Ruiz,
à quien hallando culpada
la diò muerte ſu marido.
Conſt. Mucho ſin duda à ſu ama
queria; pues aſsi llora
ſu fatalidad. *Elvira.* La gala,
demàs de ſu gran belleza,
con que dieſtramente canta,
me la hizo traer conmigo,
viendola deſamparada,
deſpues de aquella deſdicha.
Sale Inès. Señora, dos horas largas
ha que te buſco. *Conſt.* Què quieres,
Inès? *Inès.* Si me lo pagàras
remuchiſsimo, te diera
la nueva mas ſoberana,
que havràs tenido en tu vida.
Conſt. No te detengas, acaba;
què ha ſido? *Inès.* He viſto à Fernando,
y à Calforras. *Conſt.* Calla, calla,
Inès mia, no me engañes
por dar alivio à mis anſias.
Inès. Digo, que mala corcoba
dentro de una hora me ſalga,
ſi no los he viſto. *Conſt.* Ay Cielos! *ap.*
te hablaron? *Inès.* Ni una palabra.
Conſt. A què vendràn? *Inès.* Què sè yo?
Salen el Rey, Alvaro, y Tello.
Rey. Còmo en la priſion ſe halla
Hernan Ruiz de Caſtro?
Alvaro. Triſte,
gran ſeñor, lleno de canas,
y acompañando à ſuſpiros
los graves hierros, que arraſtra.
Rey. En todo, no ſatisface
de la ſangre derramada
de una inocencia, la injuria:
(aſsi la juzga la fama)
bien que no hay quien en ſu amparo
oſe tomar la demanda.
Què reſpondiò à mi conſulta?
Tello. Gran ſeñor, no dixo nada;
ſolo eſte papel nos diò.
Dale un papel al Rey.
Rey. Sobrina Elvira, Conſtanza,
haveis eſtado guſtoſas
en la batida? *Elvira.* A tus plantas
quièn no ha de aſsiſtir con guſto?
Conſt. No hay placer como la caza.
Rey. Apacible ha ſido el dia.
Ay Elvira ſoberana, *ap.*
quànto debes à mi amor!
Conmigo eſte papel habla,
veamos què dice. *Lee para sì.*
Alvaro. Haſta quàndo, *Al oìdo.*
hermoſiſsima tirana,
ha de durar eſſe ceño?
Conſt. Haſta que vueſtra canſada
groſſeria inutil porfia
no me irrite. *Inès.* El hombre es maza.
Rey. Gracioſo el papel eſtà;
oid lo que en èl me encarga
Hernan Ruiz de Caſtro.
Alvaro. Alguna
ſerà de ſus arrogancias.
Lee el Rey. Embiaiſme à conſultar, à quien encargareis el baſton de General de vueſtras Tropas, reſpecto de haver acometido el Moro las fronteras de Caſtilla; y atendiendo à ſu valor, y experiencia, ſolo hay dos de quien fiarlo; ò el Rey Don Sancho el Deſeado, ò Hernan Ruiz de Caſtro el infeliz. Dios guarde à vueſtra Alteza.
Hernan Ruiz de Caſtro.
Alvaro. Què ſobrada preſuncion! *ap.*
Tello. Què ſobervia confianza! *ap.*
Rey. Altiva eſtà la reſpueſta,
pero verdadera, y clara; *ap.*
pues por ſus hechos iluſtres,
por ſus valientes hazañas,
otro hombre como Hernan Ruiz
du-

dudo que le tenga España.
Y pues en todo este tiempo,
que ha que la prision le guarda,
contra èl, y de Estefanìa
en favor no prueba nada,
ni el rigor de la justicia,
ni el furor de la venganza:
quiero tomar su consejo,
y anteponerle à mi saña;
pues dexar no puede el Rey
el bien comun de la Patria.
Tello, vè por Hernan Ruiz,
y dì, que venga à mis plantas
perdonado. *Elvir.* Perdonado?
Rey. Si, Elvira; de què te espantas?
Elvir. De vèr, señor, que aventures
el pundonor de una hermana;
pues perdonando à Hernan Ruiz,
queda tu culpa probada.
Rey. Si nada contra èl resulta,
sino es leves voces vagas,
y si ha menester el Reyno
su fortaleza, y sus canas;
no es primero mi Corona,
que atender de una bastarda
al ya difunto decoro?
Alvaro. Generales no te faltan.
Rey. Sì, mas no como Hernan Ruiz.
Tello, andad. *Tello.* Esso aguardaba.
Vase, y salen Ramon Fernandez, y Calforras de gala.
Ram. Dame, gran señor, tus pies.
Rey. Ramon Fernandez, levanta.
Inès. Mira à Calforras, señora. *Al oìdo.*
Const. Es verdad: albricias, alma. *ap.*
Rey. Dònde queda mi sobrino?
Ram. Aguardando queda, para
besar vuestros Reales pies,
la licencia en la antesala.
Calf. Y en el interin, señor,
que èl llega à esfera tan alta,
un simple Escudero suyo
besa, rebesa, y abraza
los Imperiales juanetes
de vuestras heroicas plantas.
Ram. Aparta, loco. *Calf.* No quiero.
Rey. Quièn sois? què quereis?
Calf. No es nada:
soy el amo de mi Amo
Fernandico. *Rey.* Seña rara:
Señor de vuestro Amo sois?
Calf. Si señor; y es cosa clara:
Yo le sirvo siempre à tuertas,
y èl à derechas se cansa
en buscarme la comida:
es lo menos el comprarla,
es lo mas el adquirirla;
pues si en esta vida humana
lo mas es comer, y à mì
me sustenta de reata;
yo sirvo de que me sirva,
buscando lo que me falta;
y assi, me sirve de un todo,
sin servirle yo de nada.
Rey. Ya conozco lo que sois.
Calf. Hablarais para mañana:
desde oy serè, gran señor,
sumillèr de carcajadas.
Rey. Quedaos en Palacio. *Calf.* Haràse
como su Alteza lo manda.
Inès. Hay bufon mas exquisito?
Calf. Còmo me atisba Constanza. *ap.*
Rey. Haced que entre mi sobrino.
Sale Tello de Lara.
Tello. Hernan Ruiz de Castro aguarda.
Rey. Llegue tambien.
Alvaro. A mi embidia *ap.*
solo vèr esto faltaba.
Salen Hernan Ruiz de Castro, Barba, por un lado, y por el otro Fernando, y arrodillanse à los pies del Rey.
Hernan. De vuestros heroicos pies::-
Fernan. De vuestras invictas plantas::-
Hernan. Llega un infeliz al sòlio.
Fernan. Llega un dichoso à las aras.
Hernan. Pues no hay muerte mas civil::-
Fernan. Pues no hay vida mas hidalga::-
Hernan. Que experimentar piedades,
quien muere de sus desgracias.
Fernan. Que triunfar de sus desprecios,
quien aspira à otras hazañas.
Hernan. Quièn eres, mozo atrevido,
que, sin atender mis canas,
quando llego à hablar al Rey,
interrumpes mis palabras?
Fernan. Y quièn, anciano, eres tù,
que

que la inutil edad flaca,
que el tiempo dà por defecto,
quieres passar por ventaja?
Hernan. Vive el Cielo, que à no estàr
delante de tal Monarca,
por un brazo te cogiera,
y à los Cielos te arrojàra.
Fernan. Vive Dios, que por lo mismo
(ya que de respetos me hablas)
no te he embiado al Infierno
de la primer cuchillada.
Hernan. Pues yo::- *Fernan.* Pues yo::-
Rey. Què es aquesto?
pues còmo à tu padre amagas,
Fernando, sobrino? y còmo
tù, Hernan Ruiz, à tu hijo tratas
de esta suerte? *Hernan.* Quièn, señor,
es mi hijo? *Rey.* Esse con quien hablas.
Fernan. Quien besa, señor, tu mano,
y os pide de su ignorancia
una, y mil veces perdon.
Hernan. Fernando, abrazame, abraza,
que vive Dios, que lo dixe
assi que vì tu arrogancia.
Fernan. Y assi que vì yo tu brio,
me dixo à gritos el alma,
que eras, vive Dios, mi padre;
que à ser otro, ya temblàras
de haverme visto enojado.
Hernan. Hasta en esso me retratas;
con el sobervio, sobervio.
Perdonad, que assi me vaya
tràs mi afecto, gran señor.
Ay perdida prenda amada! *ap.*
Muy crecido estàs, Fernando;
como en edad tan temprana
te apartaron de mi vista,
tus señas estàn trocadas.
Ay lastimosas memorias! *ap.*
no me aflijais mas, ya basta.
Fernan. Calforras, Constanza no es
aquella? *Calf.* La misma. *Al oìdo.*
Fernan. Ha ingrata!
Y la que encontrè en el bosque
es essotra? *Calf.* A pares andan.
Elvir. Cielos, albricias; pues es *ap.*
el Labrador, que en la caza
hallè, el hijo de Hernan Ruiz:
mejoròse mi esperanza.
Const. Aun no ha buelto à verme: ha injusto!
Inès. Es que le dura la rabia.
Rey. Valiente Hernan Ruiz de Castro,
no ignoras las grandes causas
(no son para repetidas,
mejor estàn olvidadas)
por cuyos altos motivos
en prision prolija, y larga
te ha tenido mi Justicia,
y oy mi clemencia te saca:
yo he tomado tu consejo;
y assi, contra las Esquadras
de Abenut, Rey de Sevilla,
quiero entregarte mis Armas.
Con el voto, que me diste,
à quien mi eleccion abraza,
te has puesto tù en el empeño;
no dudo que airoso salgas,
que bien conocen los Moros
los aceros de essa espada.
Por mar, y tierra pretendo
castigar la fè quebrada
de un Barbaro, que me niega
el feudo, que me pagaba.
Cincuenta Galeras bruman
al salobre mar la espalda,
y en tierra treinta mil hombres
forman otra nueva Armada.
Tù has de mandar ambas huestes;
y de suerte has de mandarlas,
que si assistes en la tierra,
y en el mar General falta,
ha de ser à tu eleccion
para no errar la jornada,
y que tus ordenes siga,
yendo à un fin; pues cosa es clara,
que en haviendo dos àrbitros,
no logran, y se embarazan.
Oy has de marchar, oy mesmo,
que està la gente apartada.
Estos son los dos bastones;
mira el uno à quien le encargas,
que de ambos me has de dar cuenta;
y buelva desde oy la lanza
à ser blandida, terror
de las Lunas Africanas.
Alvaro. Grande honor! *ap.*

Tello. Notable premio! *ap.*

Hernan. No sè como darte gracias,
Rey Don Sancho el Deseado,
por mercedes, y honras tantas:
pero ya que de mì fias,
señor, empressa tan ardua,
el medio de agradecerla,
es saber desempeñarla.
Regirè por mi persona
de la tierra las Esquadras;
y no pudiendo partirme
en dos, para que las aguas,
siendo à mis canas espejos,
plata retraten su plata;
no es justicia que pretenda,
que à que yo les mande, vayan
tantos valientes Fidalgos,
que en la Corte te acompañan
(mejor dixera embidiosos,
que no sabiendo imitarlas,
de mis hazañas murmuran.)
Quedense, señor, en casa,
que à dexar de mì mandarse,
lo tendràn por accion baxa.
En nombre tuyo, à Fernando
de General de la Armada
tengo de darle el baston:
solo experiencias le faltan;
estas yo las supliré
con mi aviso, y con que traiga
ancianos siempre à su lado,
que goviernen su bizarra
condicion: yo solo assi
mando el mar, y la Campaña;
pues Fernando es otro yo,
no hay de hijo à padre distancia.
De esta suerte, gran señor,
yo te empeño mi palabra
de sembrarte de alquiceles,
de turbantes, y almalafas,
desde Toledo à Leon,
desde el Tajo à Guadiana.

Fernan Por mì solo, te prometo,
si una vez tocan al arma,
bolver pavesas las ondas
al incendio que me abrasa.
Encender pienso à Sevilla
desde el mar, sirviendo de asquas
de cristal, quantas centellas
en crespas olas dispara
el golfo, y que sus almenas,
torres, fuertes, y murallas,
al triunfo de mis victorias
les sirvan de luminarias.

Hernan. Quedo, Fernando, que pide
mas obras, que no palabras,
este caso. *Fernan.* Allà verèmos
el que se lleva la gala.

Rey. Todo, Hernan Ruiz, à tu arbitrio,
buelvo à decir, que se encarga:
vèn, que hay que comunicarte.

Hernan. Tu hechura soy.

Alvaro. Què assi haga *ap.*
mercedes à quien le ofende
el Rey, y del que con tanta
lealtad como yo le sirve
no se acuerde para nada!
sin mì de còlera estoy.

Rey. Alvaro, Tello, las guardias
disponed, y las carrozas:
Ay Elvira! toda un alma *ap.*
el dissimular me cuesta. *Vase.*

Alvaro. A obedecer lo que mandas
voy. *Tello.* Harè lo que me ordenas.
Vanse los dos.

Const. Inès, no vès què reacia
se està Elvira? Vèn, que luego,
dando para que se vaya
lugar, podemos bolver,
que deseo con mil ansias
satisfacer à Fernando.

Inès. No miras quan de fantasma
quita el sombrero?

Passa Constanza por delante de Fernando, y èl se quita el sombrero.

Const. Por señas *Hace señas Inès.*
dile, que se estè en la quadra,
hasta que bolvamos. *Calf.* Bien.

Fernan. No las mires. *Calf.* Ha bellaca.

Elvir. Solo queda. *Fernan.* Serafin
de esta esfera soberana,
Angel de este Paraìso,
si es que para mì el Alcazar
de las fortunas del bosque
alguna porcion me guarda,
mil veces en hora buena

te halle en èl; pues colocada
al altar de este Palacio
del dosèl de la campaña,
podrè, con mayor razon,
sacrificar à tus aras
en reverente holocausto
vida, sèr, aliento, y alma.
Calf. Tomese usted si està tierno!
el mozo se hace unas gachas.
Elvir. Bizarro zagal, à quien,
aun antes que penetràra
tan noble estirpe, mirè
menos esquiva, y estraña,
que à ninguno, en hora buena
del rudo principio salgas
de tu Aldèa, à que la Corte
sus Galanes, y sus Damas
se alegren con tu presencia,
se mejoren con tu gala,
con tu valor se defiendan,
y con tu ingenio se aplaudan.
Calf. No està muy verde esta breba. *ap.*
Al paño Inès. Presto buelves.
Al paño Const. Mal descansa
el corazon hasta hablarle.
Inès. Pues detente, que la plaza
està ocupada. *Const.* Què veo!
Fernan. No mas, que menos uraña
os merece mi fineza?
Elvir. En deidades mas que humanas,
el estàr menos esquivas,
es estàr muy obligadas.
Fernan. De què me sirve (ay de mì!)
essa piedad cortesana
con mi amor, si aun no la logro,
quando es fuerza que me parta
al mar, à donde la ausencia
se aproveche de sus aguas,
y pudiendo aqui aplaudirla,
alli es preciso llorarla?
Elvir. Pocas veces quien se ausenta
se acuerda de lo que ama.
Fernan. Si; porque al que no se olvida,
no le hace el acuerdo falta.
Calf. Mire usted, si es que en mi amo
tal temor la sobresalta,
yo la diera un buen remedio.
Fernan. Loco. *Calf.* Mire como habla,
que aqui hacemos su negocio.
Elvir. Y quàl es? *Calf.* Darle una alhaja,
que como siempre la viera,
siempre de vos se acordara.
Elvir. Y todo esso ha menester?
Calf. Señora mia de mi alma,
à donde havrà sus seiscientas,
sin terceras, ni criadas,
esso? mas ha menester
para acordarse entre tantas.
Const. Bueno và esto. *Inès.* A tì te soplan
el Galàn, si à otros la Dama:
y tambien es el criado
alcahuetico? *Fernan.* Basta,
que llevasse por favor
en essa purpurea vanda
un iris, que serenasse
de mi ausencia la borrasca.
Elvir. Mucho pedìs. Al descuido *ap.*
procurarè que se caiga
la vanda; pues de esta suerte
consigo darla, sin darla.
Fernan. Mucho pido? mas no es mucho,
puesto que vos no dais nada.
Elvir. Yo, aunque::- mas la vanda, Cielos,
se me cayò.
Dexa caer una vanda, y sale Constanza, y la levanta con Fernando, y quedan los dos asidos de ella.
Const. Para alzarla
yo estoy aqui. *Calf.* Embocate essa.
Fernan. Advertid, que ya se halla
en mi mano. *Const.* Y en la mia.
Elvir. Sueltasela tù, Constanza,
que quiero yo que la lleve.
Const. Què es que se la suelte? alhajas
de mi prima, solamente
con el respeto se tratan;
y es muy civil osadìa
(el pecho en zelos se abrasa) *ap.*
que haya quien aleve, ingrato,
traidor, infiel::- *Elvir.* Basta, basta.
Const. A un desperdicio se atreva
de deidad tan soberana.
Elvir. Constanza, pues quièn te mete
en bolver tù por mi causa?
de quàndo acà andas tan fina
con mi respeto? *Calf.* Zarazas.

Const. Desde que con tus acciones
tu mismo respeto ultrajas.
Elvir. A buen punto hemos llegado:
solo que me riñas falta.
Const. Yo no riño, sino advierto
quan mal parece que hagas
tales acciones. *Elvir.* Estàs
por mi maestra nombrada,
prima? *Const.* No por cierto, Elvira.
Elvir. Ya conozco de què nazca
tan aspera reprehension:
y ya que de reñirme tratas,
por algo ha de ser; escucha:
Yo quedo muy obligada
à vuestra amante fineza,
Fernando; y pues es usada
en Palacio la licencia
de festejar à sus Damas;
oy, como pedìs, admito
en mi obsequio vuestra urbana
atencion, y por principio
de premio à tan finas ansias,
poneos essa vanda al pecho,
que bien podeis; y estimadla,
pues me cuesta una pendencia
dexarla en vos empleada. *Dale la vanda.*
Y tù, prima, si esta accion
sientes tanto por mi fama,
sientela mucho, que yo,
estando ya executada,
podrè ayudarte à sentirla,
mas no puedo remediarla. *Vase.*
Const. Buenos quedamos, amor! *ap.*
Calf. Què apuestas à que se arañan
entrambas primas por tì?
Const. Hasta aqui solicitaba
saber, señor Don Fernando,
de vuestro ceño la causa.
Ya desde oy no intentarè
cansarme en averiguarla;
pues sabiendo que el motivo
de que me bolvais la espalda,
es dignamente emplearos
en la beldad soberana
de mi prima, fuera injusto
à tan divinas ventajas
presumir yo competencias:
vivais edades muy largas
en su amor, y en su fineza,
que de fortuna tan alta
os doy mil enhorabuenas.
Fernan. Y yo por no malograrlas,
las recibo muy gustoso;
aunque pudierais guardarlas,
hasta vèr si tambien ella
tiene terrero, y ventana,
por donde con otro amante
hable de la noche al Alva,
y sea fuerza huir tambien
de quien traidora, quien falsa,
aleve, injusta, cruel,
à uno admite, y à otro engaña,
como vos. *Const.* Calla, alevoso,
traidor, fementido, calla,
que si esse fuera el motivo
solo de que me dexàras,
no era menester buscar
tan ruin, è indigna venganza,
como que viendolo yo
festejasseis à otra Dama:
luego es querer con mi injuria
dissimular tu mudanza.
Fernan. Con que no es verdad, aleve,
que vì un hombre, y que te hablaba
por la reja, y que con èl
reñì zeloso à estocadas?
Const. Sì; pero plegue à los Cielos,
que ardiente rayo me parta,
si yo à esse hombre di motivo
para que assi se arrojàra
à hablarme. *Fernan.* Calla, que es essa
muy fria, y muy mal fundada
satisfaccion. *Const.* Y es mejor
de agraviarme cara à cara,
la disculpa que me dàs?
Al paño Alvaro.
Alvaro. Por vèr si encuentro à Constanza
doy à esta quadra la buelta:
mas què es lo que miro, ansias!
hablando està con Fernando;
solo zelos le faltaban
à mi embidia, y mi rencor.
Al paño Doña Elvira, y Elena.
Elvira. Por salir de mi tirana
sospecha, buelvo contigo,
Elena: mas no me engaña

mi

mi presuncion. *Elena.* Es aquel?
Elvir. El es; y està bien hallada
mi prima con èl: escucha.
Fernan. Todas son razones vanas.
Const. Mi bien, Fernando, mi dueño::-
Alvaro. Què oigo, penas!
Elvir. Què oigo, ansias!
Const. Assi mi cariño ofendes?
assi mi fè desamparas?
Fernan. Quien por tì riñe de noche,
bolverà por la demanda;
dexame. *Const.* Còmo dexarte?
antes, traidor, que te vayas,
me has de dar la vanda.
Fernan. Advierte::-
Const. Pues què intentabas llevarla
contigo? *Fernan.* No la he de dar.
Const. Mira::- *Fernan.* Suelta.
Const. Atiende::- *Fernan.* Aparta,
que es en vano pretenderla.
Const. Pues no me he de ir sin cobrarla.
Fernan. Còmo es esso dable?
Sale Alvaro. Haviendo
quien os la quite à estocadas.
Fernan. Quièn ha de ser esse? *Alvaro.* Yo.
Fernan. Dificultosa es la hazaña.
Riñen, y salen Doña Elvira, y Elena.
Elvira. Què miro? Fernando, advierte::-
Const. Què veo? Alvaro, repara::-
Fernan. Desvìa.
Calf. Buena và la gresca.
Alvaro. Quita.
Inès. Buena và la danza.
Fernan. Dexame, que dè la muerte,
à quien con vida se halla
tan mal, que me enoja à mì.
Alvaro. Què vanaglorioso hablas!
què jactancioso discurres!
Mejor fuera, que guardàras
todo esse brio, Fernando,
para bolver por tu fama.
De los favores del Rey,
y los que tu padre alcanza,
no te cabe en todo el pecho
la vanidad temeraria,
sin mirar, que tales honras,
mas que te ilustran, te infaman.
Mucho mejor pareciera,
que el credito restauràras
de una difunta hermosura,
que andar galanteando Damas:
mas pues a tu honor no atiendes,
yo te aguardo en la campaña,
à donde te enseñarè
à hablar bien à cuchilladas. *Vase.*
Fernan. Espera. *Todos.* Tente.
Salen el Rey, Hernan Ruiz, Ramon, y Tello.
Rey. Què es esto?
Fernan. No es nada, señor, no es nada:
ha infame! viven los Cielos, *ap.*
que te he de arrancar el alma. *Vase.*
Calf. Con mi amo fanfurriñas?
sal aqui tù, durindana;
voto à los Cielos de Christo,
que he de horadarle la panza. *Vase.*
Rey. No me decìs què es aquesto?
Const. Que travados de palabras
Alvaro, y Fernando vàn
à reñir. *Rey.* Don Tello, anda,
trae à mi sobrino, y prende
à Don Alvaro: à què aguardas?
Hernan. No os apassioneis, señor,
que si Don Alvaro trata
con Fernando la pendencia,
no le arriendo la ganancia.
Const. Id, señor, à detenerlos.
Elvira. Constanza, estàs assustada? *Al oido.*
Const. Mas lo puedes estàr tù.
Rey. Venid; no alguna desgracia
suceda. *Vanse el Rey, y Tello.*
Ramon. Què te parece
tu hijo, señor? *Hernan.* La alhaja
mas superior es del mundo:
valiente es como la espada
de Bernardo: bien, pariente,
se le luce tu crianza. *Vanse.*
Elvira. Constanza, mucho me espanto,
que dès lugar à que haya
por tì de suceder esto.
Const. Què me riñesses faltaba!
Elvir. Como me riñes tù à mì,
y caes en la misma falta,
no es mucho que de tì aprenda.
Const. Es que yo::- *Elvira.* No digas nada,
que estas con susto; vèn, prima,
tomaràs un poco de agua.

Const. Mejor es que tù la tomes,
que aun no estàs muy recobrada. *Vanse.*
Sale Inès. Elena, has visto à Calforras?
Elena. No estoy, Inès, para chanzas:
linda prebenda es por Dios!
dexame. *Inès.* Assi te dexàran
los huessos. *Elena.* A tì las muelas:
y que à Calforras no haya
visto, què le importa à usted?
Inès. Què ha de importarme à mì? nada;
aquesto es curiosidad.
Elena. Pues, Inès mia, repara,
que de trapos Lacayunos,
se dice, poca substancia.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ramon, Fernando, y Calforras de noche.

Ram. Nada preguntarme intentes,
que nada decirte puedo.
Fernan. Pues buelvete desde aqui,
que estàr solo en el terrero
me importa. *Ram.* O quànto le cuesta
saber con què fundamento *ap.*
Alvaro le echò su falta
en la cara? sus defectos
sepalos por otra parte,
que por mì no ha de saberlos. *Vase.*
Calf. Què te decia Ramon?
Fernan. Pesares, dissimulemos: *ap.*
Que estuviesse prevenido,
que no obstante, que en secreto
mi padre, y yo hemos besado
la mano al Rey, y le havemos
dado cuenta de los dos
triunfos de nuestros aceros;
por honrarnos ha mandado,
que en pùblico razon demos
por menor de ambas victorias.
Calf. Gran dia de lucimiento.
Fernan. Què es lo que me querrà Elvira,
que de noche, y con misterio
tan grande me embia à llamar?
Calf. Presto de duda saldremos;
pues me dixo Elena, que
desde aquella reja el eco
de su voz haria la seña,
para que en su quarto luego,
donde su ama estaria, entrasses
por el postigo pequeño
del muro. *Fernan.* Pues ya llegamos,
ven tràs mì. *Sale Elena à la reja.*
Elena. Aunque contra el genio
de mis tristezas, me mande
Elvira cantar, haciendo
la seña à Fernando, mal
que han de convenirse, creo,
las armonias que formo,
con las ansias que padezco.
Fern. No hagas ruido. *Calf.* Esso me dices,
quando voy pisando huevos?
Suena ruido de Musica.
Fernan. Escucha, que ya sonòro
aquel herido instrumento
nos avisa. *Calf.* Serà algun
Papagayo Palaciego,
que gasta solfas nocturnas.
Fernan. Dexame oìr, pues dependo,
para llegar, de su aviso.
Calf. Vaya, por no ser molesto.
Canta Elena. Pues viste flores Abril,
no te descuides, Gilguero,
que si tardas, veràs que se lleva
el Alva el candor, la purpura el Zierzo.
Vèn à mi acento,
que tambien el Amor necessita
de ocasion, de ventura, y de tiempo:
vèn à mi acento.
Salen Alvaro, y Tello embozados.
Alvaro. Vèn à mi acento,
que tambien el Amor necessita
de ocasion, de ventura, y de tiempo:
vèn à mi acento?
Esta es la voz de la Esclava:
ò! à què buena ocasion, Tello,
hemos llegado, pues ella
no ha de estàr en el terrero
sola; sin duda Constanza
con ella està. *Tello.* No tan presto
llegues, hasta que otra vez
nos assegure el acento.
Fern. Es Elena? *Elena.* Si. *Fern.* Pues abre.
Elena. A quien?
Fernan. A quien à este puesto
lla-

llamado viene de Elvira.
Elena. Fernando es; ya te obedezco.
Alvaro Mas què es, Cielos, lo que miro?
parados dos hombres veo
à la reja. *Elena.* Entra; y porque
disuada el que fue misterio
cantar à estas horas, otra
vez buelva à decir el eco::-
Abre la puerta, y entra Fernando.
Canta. Bate las ligeras alas,
no digan que en tu deseo
tu pureza malogra tu dicha,
dexando llevar tu esperanza del viento:
Ven à mi acento, &c. *A lo lexos.*
Tello. De los dos hombres, que vimos,
por el postigo, que abrieron,
entrò el uno. *Calf* Bueno he quedado
con honores de estafermo.
Alvaro. Quièn serà (Cielos, matadme)
quien logra lo que yo pierdo?
Tello. Con conocer al que fuera
se ha quedado, lo sabremos.
Calf. Marimanto, y à estas horas?
porrazos me pide el cuerpo:
temblando de miedo estoy.
Alvaro. Ardiendo en còlera llego.
Cavallero? *Calf.* Mas abaxo.
Alvaro. Hidalgo? *Calf.* Otro poco menos.
Alvaro. Hombre?
Calf. Ni aun esso, que estoy
en sospechas de no serlo.
Alvaro. Seais lo que fuereis, yo estoy
empeñado en conoceros.
Calf. Pues por la fè del Bautismo
me dexe ir, que soy tan lerdo,
que no sè como me llamo.
Alvaro. No con disimulos necios
me disuadais la intencion
de saber, quien desatento
de tan venerado sitio
profana el noble respeto:
y assi decidme quièn sois?
Calf. Vealo usted, que no quiero.
Alvaro. A tan grossera osadìa,
no hay otra respuesta. *Sacan las espadas.*
Calf. Ha perros,
pensais que ha de ser por fuerza
gallina el Gracioso? pero
bueno es que à la espada sirva
la muralla de coleto:
vergantes, dos contra uno?
Sale Hernando de Castro haciendo cara à los dos, y Calforras se và por las espaldas.
Hern. Ya, hidalgo, està aqui mi aliento
para igualar la ventaja.
Calf. Pues ya en esta danza dexo *ap.*
metido à otro, no queramos
aventurar el secreto. *Vase.*
Alvaro. Bizarro sois, vive Dios.
Hern. Dias hà que lo sabemos.
Tello. Tente, Alvaro, que es Hernando
de Castro. *Alvaro.* Bien su denuedo
lo dice antes que su voz.
Hern. Alvaro, Tello, què es esto?
Alvaro. Dudar como en vuestro juicio
cabe el atrevido excesso
de hacer espaldas à quien
profana arrestado, y ciego
el sagrado de este Alcazar.
Hern. Mirad, que yo solo vengo
al ruido de las espadas,
que me avisò desde lexos.
Tello. Luego no sois quien quedò
en guarda del que sobervio
entrò por esse postigo?
Hern. Mal lo que decis entiendo;
y à saber vuestra sospecha,
huviera del lado vuestro
procurado averiguarlo.
Alvaro. Haviendo visto el empeño
con que guardais essa puerta,
que ya lo he sabido creo;
y para que sin castigo
no se vaya, estàr resuelvo
aguardandole hasta el Alva. *Vase.*
Tello. En averiguados yerros
frivolas disculpas, son
estudiados fingimientos.
Darè cuenta al Rey, pues à èl *ap.*
le toca poner remedio,
sin expressar la malicia
de que ha sido el que entrò dentro
su hijo; pues assegurarlo
es peligroso hasta verlo. *Vase.*
Hern. Què enfasis son los que escucho!

Hì cobardes lisonjeros!
què disgustados os tiene
mi fortuna! mas pues puedo,
prosiguiendo mi camino,
ir à Palacio, à lo menos,
para empezar su castigo
me servirà de consuelo
los porrazos, que han llèvado,
y el temor, que me tuvieron. *Vase.*

Salen Elvira, Fernando, y Elena con luces.

Fern. Mucho, Elvira, me prometes.

Elvira. Pues todo lo que prometo
cumplirè: A un balcon, Elena,
te pon, y avisame en viendo
passar por el Jardin gente.

Elena. Sì harè. Corazon, què nuevo *ap.*
susto es el que se me añade
siempre que à Fernando veo?
mas si contra èl resultan
los perjuicios de mi yerro,
què mucho, que en su semblante
duplique mi desaliento? *Vase.*

Elvira. Ya, Fernando, estamos solos;
no es razon nos acordemos
de platicas de amor, quando
està tu honor de por medio:
primero es èl. *Fern.* Ay de mì!

Elvira. Parece que ya mi acento
en la parte lastimada
te hiriò? *Fern.* Mal negarlo puedo;
y porque al verte no culpes
las tibiezas de mi afecto,
pues adivinas las causas,
suple, Elvira, los efectos.

Elvira. Desde el dia de aquel lance
con Don Alvaro, en que luego
mediandole el Rey, mandò
poner perpetuo silencio,
en tus tristezas he visto
patentes tus sentimientos;
y aunque todos de piedad,
de temor, y de respeto
te permiten el desdoro
por escusarte el tormento;
yo, en quien puede mas, Fernando,
la inclinacion que te tengo,
determinada à curar
tu mal estoy. *Fern.* Aora veo,
que eres tù sola la fina,
y que à ti sola te debo
el amor, que te consagro,
pues mis desdichas sabiendo,
à pesar del dolor, quieres
sanarlas. *Elvira.* Escucha atento,
que para cumplir con todo,
desde su principio empiezo,
franqueandote las noticias,
que por essa Esclava tengo,
como testigo de vista
de todo. *Fern.* Absorto te atiendo.

Elvira. Don Alonso, Emperador
de Castilla, cuyo cetro
dexò en Sancho el Deseado
substituìdo el Govierno,
tuvo tres hijas; la una
fue, mediante el casamiento,
y la llamaron Constanza,
que en floridos años tiernos
casò con Luis, Rey de Francia,
uniendose en lazo estrecho
à Leones, y Castillos,
las Lises de Clodovèo:
la otra de las dos, de quien
para el caso que refiero
necessito, fue tu madre
Estefanìa, un portento
de belleza, y de virtud;
bien que de amoroso yerro
dulce fruto, mas tan noble
por su madre, que el Rey mesmo
no aspirara à ser mejor,
bastabale ser tan bueno.
Pretendieron su hermosura
los primeros Cavalleros
de Castilla; diòla el Rey
à Hernan Ruiz de Castro, viendo
que ninguno le excedia
en sangre, y merecimientos.
Uno de los que con mas
fineza siguiò este empeño,
fue el Conde Don Vela, hombre
tenàz, osado, y sobervio;
y no obstante el desengaño,
que casandola le dieron,
prosiguiò en demostraciones
de enamorado, tan ciego,

que

que huvo menester tu madre
para vencer sus extremos,
que le tuviesse este enfado
de costa muchos desprecios.
Cerrò puertas, y ventanas;
huyò lances, buscò medios
para librarse de un hombre
tan amante, y tan resuelto:
Y en fin, quando presumimos,
que parasse todo aquesto
en vencer ella su arrojo,
y ceder èl de su ruego;
supimos, que receloso
(bien que recatado, y cuerdo)
andaba Hernan Ruiz de Castro
penetrando, è inquiriendo,
ladron de su misma casa,
sus agravios, ò sus zelos:
que el honor, zelos, y agravios
tienen un semblante mesmo.
Una infausta obscura noche,
en que parece que el Cielo,
por no mirar el horror
del mas tràgico sucesso,
cubriò con nieblas su rostro,
donde son tantos luceros
trèmulos ojos, que al aire
le estan pestañeando incendios:
sabiendo Hernan Ruiz el hurto
de su honor: (que yo no creo,
mentira fue, testimonio,
esso afirmo, y esso entiendo)
y haviendo fingido antes
una ausencia, al mismo tiempo
que le avisaron, que andaban
sombras rondando, y midiendo
sus ventanas, y sus puertas,
vino à su calle encubierto.
A poco rato, que estuvo
donde verle no pudieron,
descubriò dos embozados;
hizo una seña uno de ellos
cerca de la puerta falsa
de su casa; respondieron
desde una reja; y en fin,
viò despues que entraban dentro:
dexò que huviessen cerrado,
y disimulando el fuego,
que en el corazon ardia;
aplicando un instrumento,
de quien iba prevenido,
al postigo, por ser cierto,
que el ir por estotra puerta
era ruido sin efecto,
dexò por la cerradura
caer la llave en el suelo:
abriò con la que tenia
despues; y nada sintieron,
ò por su mucha razon,
ò por su mucho silencio,
ò porque el Cielo permite,
que los que obran tales yerros,
ni vean, ni oigan, ni discurran
en su propio error embueltos.
Algunos passos anduvo
en el Jardin, y al reflexo
de una luz algo distante,
que escasa encendia el viento,
viò una muger en el trage,
y con los vestidos mesmos,
que en casa traìa su esposa,
sentada sobre el extremo
de una fuente, y en sus brazos,
gozando amantes requiebros,
un hombre: (hasta aqui llegar
pudo con noble sufrimiento)
sacò la espada animoso,
y acometiòlos, diciendo;
assi, infames, se castigan
tan torpes atrevimientos
contra el honor de Hernan Ruiz:
y al infelice mancebo,
passando el pecho dos veces,
le dexò à dos golpes muerto.
De este tiempo aprovechada
la muger, huyò, siguiendo
su fuga Hernan Ruiz, y entròse
por la galerìa, que en medio
del Jardin caìa, matando
las luces al ir huyendo:
al tiento la iba buscando,
quando oyò cerca los ecos
Hernan Ruiz de Estefanìa;
y guiandose por ellos,
sin dexarla articular
en su disculpa un acento,

la llenò de mas heridas,
que ella pudo formar ecos.
Cayò muerta, y al rumor
los criados acudièron,
y el Aya entre ellos contigo;
pues dicen que eras tan tierno,
que viendo muerta à tu madre,
la imaginaste durmiendo,
y echandola entrambos brazos
los apartaste sangrientos.
A espectaculo tan triste
todos quedaron suspensos;
y mas, quando en el Jardin
el cuerpo reconocieron
del joven Conde Don Vela.
Contra tu madre creciendo
à esta evidencia el indicio,
sin saber què se havia hecho
(pues no se hallò, y dentro estaba)
el cobarde compañero;
mandò recoger tu padre
plata, joyas, y dineros,
para huir la indignacion
del Rey, pues siendo tan deudo
de Estefanìa, con causa
pudiera temer su ceño.
Mandò à su deudo Ramon
te conduxesse à aquel Pueblo
donde te criò, con nombre
de hijo suyo, hasta que el tiempo
declarasse, si debia
tenerte por su heredero.
Quiso hacer su fuga al Alva,
quando de orden le prendieron
del Rey, y en aquella Torre
en donde habitò, funesto
panteon de un hombre vivo,
le encerrò con tal misterio,
que los que sin vèr la causa
escuchaban el estruendo,
imaginaron que andaban
fantasmas, ò encantos dentro;
y esto por averiguar
si el haver à su hija muerto
era con causa, ò sin ellas;
pues en indicios diversos,
ya iban los antecedentes
su inocencia descubriendo.
Llegò à terminos el caso
de ser fuerza, segun fueros
de Castilla, hacer probanza;
y èsta en los estilos nuestros
no la executa la pluma,
sino la escribe el acero.
Presentada la acusada
del crimen, un Cavallero
que la defienda; y quien queda
vencedor en campal duelo,
es el que queda mejor,
y el que queda con el pleyto.
No dudàra yo, que Alfonso
hiciera el ultimo esfuerzo
por el honor de su hija;
pero cortò sus intentos
la parca, y el Rey Don Sancho,
en negocios de su Reyno
ocupado, no cuidò
de proseguir el empeño,
haciendo su tolerancia
creer, à quantos el reto
anhelaban, que no estaba
muy en favor el Processo
de tu madre Estefanìa;
pero nunca lo creyeron
con mayor motivo que oy;
que en igual de que severo
continuasse en su castigo,
le librò, y llenò de premios,
haciendole General
de las armas de su Imperio:
quièn duda, que esto fue dar
lo obrado por muy bien hecho?
ni quièn duda, que resulta
contra tì; pues heredero
del deshonor de tu madre
con ella estàs padeciendo?
Tù estàs sin honra, Fernando,
mientras à tu nacimiento
arguye nota el baldon
del maternal adulterio.
Esto te quiso decir
Alvaro, quando sobervio
te arguyò con tu desgracia,
y esto todos echan menos,
que no defiendes la causa,
y permites, que en defecto

de

de que haya quien la defienda,
ò por traicion, ò por yerro,
padezca de Estefanìa
la inocencia: y pues yo he hechó
lo que debo en avisarte,
pues permitido al festejo
mio, fuera en mì desdoro
no intentar tus lucimientos,
queriendote desairado,
noble, osado, altivo, cuerdo,
leal, atento, obediente,
pronto, valiente, y discreto;
pues te noticiè del daño,
tù aplicaràs el remedio.

Fernan. Ya que lo he sabido, Elvira,
juro ante tì al alto Cielo,
de vengar mi honor, y hacer
defendiendolo mi esfuerzo.

Llaman, y sale Elena assustada.

Elena. Señora. *Elvira.* Què traes, Elena?

Elena. Que à la puerta vì llegar
dos hombres. *Elvira.* Fiero pesar!

Elena. Y que es, pues la llave suena,
el Rey uno de ellos, creo.

Elvira. A estas horas què querrà?

Fernan. A verte, Elvira, vendrà,
que ya sè tu galantèo.

Elvira. Pues quièn::-mas no es tiempo aora
de dissuadir tu mentira;
à essa quadra te retira.

Elena. Aprisa, que entran, señora.

Elvira. Llevate una luz, Elena,
dexala dentro escondida,
para quando yo la pida.

Fernan. Què ansia! *Elena.* Què susto!

Elvira. Què pena! *Vase Elena con una luz.*

Fernan. De què me podrà servir,
fiera, el llegarme à esconder,
si es fuerza me hayan de vèr?
no serà mejor salir
abriendo passo à mi muerte?

Elvira. Todo es malo en caso igual;
pero còmo arrojo tal
intentaràs? *Fernan.* De esta suerte.

Mata la luz, sacando la espada, y salen al paño el Rey, y Hernan Ruiz.

Rey. La luz han muerto; y porque
sin que le conozca yo
salir no logre el que entrò,
pues ya de Tello lo sè;
puesto que no hay otra puerta,
entra, y no mi Magestad
se exponga à la indignidad
de que sepan quanto es cierta
mi malicia, que entre tanto
và à guardarla mi valor
de la fuga de un traidor.

Fernan. Passos siento. *Elvira.* De mi espanto
creciendo el assombro và.

Hernan. De mì fie vuestra Alteza
la accion. *Rey.* Si de otra fineza
Elvira es empleo ya,
à confirmar mis recelos
assi mi dolor camine. *Vase.*

Fernan. Sin zelos, y agravios vine, *ap.*
y llevo agravios, y zelos.

Elvira. Por no mostrarme culpada, *ap.*
es fuerza que estrañe el ruido,
pues Fernando havrà salido.

Sale Hernan. Abra camino la espada.

Elvira. Ola, Elena, ola, Mencìa,
mirad quien anda alli fuera. *Vase.*

Hernan. Ya dì con èl. *Fernan.* Suerte fiera!
que este es el Rey. *Hernan.* Quièn diria,
que haya quien restado, y fuerte
cometa tal frenesì?

Sale Elena con una luz.

Elena. Ya la luz::- mas (ay de mì!)
tened, no me deis la muerte,
que si yo::- (aun à hablar no acierto)
fui causa::- (en vano respiro)
valgame el Cielo! *Cae desmayada.*

Hernan. Què miro!
ella, y yo à un tiempo hemos muerto!
què haces aqui? *Fernan.* Què sè yo?
no es tiempo de averiguar
esto; dexame passar.

Hernan. Ya por essa puerta, no
puedes salir. *Fernan.* Pues què harè?
no hay otra? *Hernan.* No.

Fernan. Pues què medio?

Hernan. Para librarte un remedio
solo hay que ofrecerte. *Fernan.* Què?

Hernan. El Rey à essa puerta aguarda
por conocer arrestado
quien profana este sagrado;

y si un instante se tarda
tu assombro, hallarte es preciso.
Por este balcon conviene,
que te arrojes, pues èl viene;
aprovechete el aviso,
que aunque tu peligro es cierto,
ya evitas su desagrado;
pues te hallarà castigado
quando te encontràre muerto.
Fern. Antes esta desmayada
muger, fuerza es retirar.
Hernan. Aqui se puede quedar,
pues no se aventura nada
en su vida. *Fern.* Hay, que colijo
de enigma tan no entendida,
que puede importar su vida.
Hernan. En què te detienes, hijo?
Fernan. Ya à morir me precipito
por salvar una opinion. *Vase.*
Hernan. Tan grande satisfaccion
pide tan grande delito. *Dentro ruìdo.*
Dentro Elvira. Què ruìdo es aquel?
Dentro Rey. Hernando
mucho se detiene, què
le havrà sucedido? *Hern.* A fè,
que si se ha muerto Fernando,
havrè negociado bien. *Sale Elvira.*
Elvira. Quièn à estas horas se atreve
à entrar, donde aun no debe,
por no irritar mi desdèn,
entrar el Sol sin reparo?
Hern. Suspended, divina Elvira,
los ceños de vuestra ira;
pues que no osàra, es claro,
entrar, donde os irritàra
de esta suerte, sino fuera
buscando de esta manera
à un hombre, que entre la rara
frondosidad del Jardin
perdì, y creyendo que havia
entrado aqui, la ansia mia
viendo abierto el quarto, à fin
de conocerle, llegò
al tiempo que esta criada
al verme entrar con la espada
desnuda, se desmayò;
que suplais la accion os ruego.
Elvira. De agraviar de essa manera
de este retiro la esfera
el osado arrojo ciego,
mal, Hernando, os disculpò,
sin que me digais primero,
quièn para excesso tan fiero
os puede dar alas? *Sale el Rey.*
Rey. Yo.
Elvira. Señor::- Vuestra Magestad::-
pues còmo? *Rey.* La turbacion
no es disculpa de una accion,
que roza en la indignidad:
hallaste alguien? *Hern.* No señor.
Rey. Por dònde el traidor se irìa?
Elvira. Aunque arguya culpa mia
vuestro impensado rigor,
solo à decir he venido
(este acaso le disuada, *ap.*
y para no errar en nada,
esforcemos el partido)
quan dentro de mi recato
eterna mi resistencia
añade nueva influencia
à lo hermoso con lo ingrato.
A este quarto me passè,
que cae à essa galerìa;
porque mi melancolìa
divertir imaginè
viendo el Jardin, y escuchando
la dulce voz de essa Esclava,
que en aquel balcon estaba,
quando rumor escuchando
vengo, y ya en distinta accion
hallo à Elena desmayada,
veo à Hernando con la espada
desnuda; su turbacion
buen indicio viene à ser;
que haverse atrevido à entrar
serà venirla à buscar.
A su difunta muger
sirviò Elena; quièn alcanza
(pues à tales horas huella
tal sitio) à saber si en ella
tiene que obrar su venganza?
Y pues solo soy testigo
de su osado proceder,
no se deben entender
essos enfasis conmigo. *Vase.*
Hern. Señor::- *Rey.* No me digas nada;
pues

pues si conmigo has venido,
bien claro està que ha mentido.
Hern. Elena? *Elena.* Detèn la espada,
no me dès muerte (ay de mì!)
que yo, Hernando, te dirè
quanto he visto, y quanto sè:
mas quièn es quien està aqui?
Rey. Yo soy, cobrate. *Elena.* Señor::-
Rey. Què tienes, dime, que hablar?
què pretendes declarar?
Elena. Yo (alentemos, pues, error) *ap.*
nada tengo que decir:
si algo dixe, ansia vehemente,
delirio del accidente
fue, que me llegò à rendir.
Rey. Vete, y procura el aliento
restaurar. *Elena.* Sì harè, señor.
Corazon, pues el temor *ap.*
de mi culpa à su tormento
me confiessa la homicida,
bien que la aborrezca triste,
callemos, pues que consiste
en mi silencio mi vida. *Vase.*
Rey. Permitid, que sepa, Cielos,
pues los recelos son sabios, *ap.*
quièn con ocultos agravios
me dà tan patentes zelos.
Vèn, pues, que ya el rosiclèr
de la Aurora indicios dà. *Vase.*
Hern. Valgame Dios! què tendrà
que decir esta muger?
mas si à Fernando ha encontrado
à estas horas con Elvira,
claro es que este enigma aspira
à declarar su cuidado.
No vì atrevimiento igual:
cosas de mancebo son;
no ha de estàr alto el balcon,
irè à vèr si se hizo mal. *Vase.*
Salen Alvaro, Constanza, è Inès.
Const. Ya os he dicho quan en vano
vuestro tesòn solicita
hacer, que meritos tenga
de fineza la porfia.
Alvaro. No vengo, amable tirana,
cruel, hermosa enemiga,
como hasta aqui, à merecer
las piedades de tus iras;
à estrañar sì, que à pesar
de tu decoro, permitas,
que una accion, mas que de humana,
te desluzca lo divina.
Inès. Oigan el hombre. *ap.*
Const. Aunque passe
ya el tesòn à grosserìa,
y aunque tal atrevimiento
con mayor causa me irrita,
es forzoso preguntaros,
què pensamiento os motiva
à discurrir, que en mì quepa
accion, que de mì sea indigna.
Alvaro. Pues què pretendes negarme,
que anoche, injusta homicida,
poner hiciste à la reja
à la Esclava, porque sirva
su acento de seña à un hombre,
que atendiendo à que le avisan,
y à que le abren el postigo
del muro (ha zelosa embidia!)
entrò por èl al Jardin
antes que mi bizarrìa
pudiesse darle la muerte?
Const. Què dices, Alvaro? *Inès.* Chispas.
Alvaro. No disimules, ingrata,
pues quando no me lo diga
tu voz, el vèr, que es Hernando
de Castro quien le apadrina,
y con quien desesperado
reñì, al notar que le hacia
espaldas, me dice, que es
su hijo el que atrevido aspira,
en fuerza de tus favores,
à conseguir tus caricias:
y pues haverle esperado
à que saliesse hasta el dia
para matarle, fue en vano;
pues tu industria, ò tu malicia,
que le entrò por una puerta,
por otra le arrojarìa,
no lo serà en que le busque;
y ya que en amarte insista,
ò sea à precio de su muerte,
ò sea à costa de mi vida. *Vase.*
Const. Què es esto, Inès? *Inès.* Esto es,
que anda aqui danzando Elvira.
Const. Aora confirmo, que el ruido
de

de anoche, en que vì que abrian
un balcon, y que por èl
un hombre se precipita,
debiò de ser que Fernando
con ella estaba (ha enigma!
quièn lo supiera de cierto!)

Inès. Si no me engaña la vista,
Calforras viene; si tù
à esse cancèl te retiras,
yo lo sabrè. *Const.* De què forma?

Inès. Ya lo veràs. *Const.* Mi fatiga
por lograrlo te obedece.

Retirase al paño, y sale Calforras.

Calf. Gran cuento! notable dia!

Inès. Pues, Calforras, dònde bueno?

Calf. A fè, pregunta exquisita,
sabiendo, que el dia de oy
en que à dar vienen noticia
de sus victorias al Rey
mis dos amos, y caminan
con Real cèlebre aparato
de Militar comitiva
ya àzia Palacio. *Inès.* De suerte,
que, no obstante la caìda,
tiene tu amo tanto aliento?

Calf. Què caìda, hembra maldita?

Inès. La de anoche del balcòn;
piensas que no me confia
Elvira à mì sus secretos?

Calf. Pues digo, la relamida,
para què nos lo misteria,
si luego à tì te lo chifla?

Const. Què oigo!

Inès. Y dime, se hizo mal?

Calf. Què mal? pese à su barriga:
despues que toda la noche
se estuvo con la chiquilla
en el quarto de la Esclava,
dexandome à mì, que riña
sus pendencias. *Inès.* Oigan, oigan.

Calf. Mas oyeme, por tu vida,
una grande novedad,
que es el tener prevenidas
para hacer la entrada de oy
en igual de galas ricas, *Tocan un clarin.*
tristes insignias. *Inès.* No puedo
(pues ya esse Clarin avisa,
que llegan) estarme aqui,
que es fuerza, que à mi ama assista:

Entrase, y dice à Constanza al oido.

lo oiste? *Const.* Ya lo he escuchado;
y à tal agravio, la antigua
fineza serà en mi pecho
venganza, rencor, y embidia. *Vanse.*

Calf. Bueno me ha dexado; pero
pues esta salva confirma,
que entran mis amos, y no hay
distancia que me lo impida,
entremos à oìr què dicen
las algazaras festivas.

Entrase por un lado, y sale por otro, y se descubre el Rey en un Trono, y en almohadas Elvira, Elena, Constanza, è Inès, y en pie Alvaro, y Tello.

Musica. En hora buena Toledo
oy con aplausos reciba
los valientes defensores
de Leon, y de Castilla.

Rey. Valerosos Castellanos,
assi honra mi bizarrìa
à los que por mi Corona
saben vibrar la cuchilla:
y pues vencedores ya
de las Esquadras Moriscas
llegan los valientes Heroes,
en su aplauso el aire diga::-

Musica. En hora buena Toledo
oy con aplausos reciba, &c.

Suenan Caxas, y Sordinas.

Rey. Mas tened, què destemplado
Tambor, què ronca Sordina
el jùbilo del Clarin
confunde, y atemoriza?

Alvaro. Buelve la cara, señor,
veràs en opuestas lineas
el placer, y la tristeza
mezcladas, y divididas.
El viejo Hernan Ruiz de Castro
su gente muestra vestida
de gala, y el Sol luciente
reverbèra en sus cuchillas.
Fernan Ruiz de Castro el mozo
trae las Tropas que acaudilla
llenas de funesto luto,
con vandas negras ceñidas
al cuerpo, negras las plumas,

los paveses, y divisas.

Rey. Còmo, sin venir vencido?
grande novedad le insta
à tal extremo.

Alvaro. Señor,
pues èl entra, èl te lo diga.

Const. Rara estrañeza! no sè *ap.*
lo que mi pecho adivina.

Tocan à marcha, y sale Hernan Ruiz de gala con plumas.

Hernan. Valeroso Don Sancho, el Deseado
del Orbe entero, con razon tenido.

Tocan Sordinas, y Caxas destempladas, y sale Fernando de luto.

Fernan. Castellano Monarca, venerado
del tiempo, de la embidia, y del olvido.

Hernan. Oy à tus plantas llega tu Soldado,
del Moro vencedor, nunca vencido.

Fernan. Oy triunfante tus pies besar intento.

Hern. Dame un rato atencion. *Fern.* Oyeme atento.

Hernan. Salì, señor, con tu robusta gente,
assustando tu Exercito la tierra;
y en el Campo Andaluz mi brazo ardiente
fue sembrando el estrago de la Guerra:
no dexa Pueblo mi furor ardiente,
que no arruine al amago que le aterra;
pues vieras de mirarme à los indicios
de temblores caer los Edificios.

Fernan. Arando yo los campos de Neptuno,
salì, gran Rey, con tu Naval Armada,
plàcido el Norte, el Zèfiro oportuno,
le obligan à que buele lo que nada:
tan pujante marchè, y aun cada uno,
que mi Nave, señor, tuve varada,
porque una vez las ondas me miraron,
y de temor, en viendome, se elaron.

Hernan. Con doce mil Infantes Africanos
hallè à Muley, y à quatro mil Ginetes,
amparando los Muros Sevillanos,
hechos los Campos barbaros tapetes:
embistieronse Moros, y Christianos;
saltan lanzas, espadas, coseletes;
y menos fue el obrallo, que el decillo:
en hora y media los passè à cuchillo.

Fernan. Formado en media luna, y tres hileras
Zayde à Guadalquivir la guarda hacia
con diez Baxeles, y con diez Galeras,
que encerraban la flor de Berberìa:
suenan las Trompas, buelan las Vanderas,
dà principio la espesa flecherìa;
y embestidas, señor, à vela, y remo,
unas tomo, otras hundo, y otras quemo.

Hernan. Un Moro me tocò, cuya pujanza

de gigante estatura le socorre,
y al formidable encuentro de mi lanza,
inmobil roca fue, insensible torre:
pero viendo que à darme un bote alcanza,
tal cuchillada mi furor le corre,
que el golpe ya del brazo despedido,
le empezò entero, y le acabò partido.

Fernan. Patente en la cubierta de la popa
Zayde, desde la Real me desafia,
al tiempo que del choque, con que topa,
mi Nave de la suya se desvìa:
perfilo el cuerpo, terciome la ropa,
despide el dardo la violencia mia;
y atravessado en èl, en un momento
se le llevò bolando por el viento.

Hernan. Cinco mil Moros cautivè al contrario.

Fernan. Treinta vasos te traigo por memoria.

Hernan. Abenut queda por tu tributario.

Fernan. Al Africa ha humillado tu victoria.

Hernan. Tu Cetro haga inmobil el tiempo vàrio.

Fernan. La fama cante tu elevada gloria.

Los dos. Porque buele tu nombre, sin segundo,
mas allà de los terminos del mundo.

Rey. Con vuestros heroicos brazos
(ò valientes Capitanes!)
no pudiera mi valor
dudar el salir triunfante;
pero en tan festivo dia,
es fuerza el veros estrañe,
à uno con alegre rostro,
à otro con triste semblante;
uno con vistosas galas,
otro con negros disfraces:
luto, y pompa, gusto, y pena,
à què fin pueden juntarse?

Fernan. Esso à mì me toca: oìd,
Castellanos arrogantes,
hermosas Damas, gran Rey:
que pues todos sois capaces
de mi desdoro, es preciso,
que à mi desempeño os llame:
y atendedme vos tambien, *A Hernando.*
que aunque esto con vos no hable,
de lo que mi esfuerzo intenta,
no os toca la menor parte.
Yo he sabido, Castellanos,
el sucesso lamentable
de mi casa, y que inocente
muriò sin causa mi madre.
Sè, que el noble Emperador,
nuestro Señor, y tu Padre
(ò Rey Don Sancho!) tomò
à cargo, que se aprobasse
quan injustamente fue
derramada aquella sangre;
y à este fin, al engañado
agressor, en una carcel,
tumba de un muerto animado,
le encerrò vivo cadaver.
Tù le has librado, señor,
y porque no piense alguien,
que el dar libertad al preso
prueba aquel delito infame,
y que obrò justificado
(pues esso dice el librarle)
continuando en el processo
que quedò, como se sabe,
en terminos de probanza,
me presento como Parte;
porque à nadie, como à mì,
toca en accion semejante,
que de mi madre el honor
aun de un escrupulo lave.

Bue-

Bueno fuera, que heredero
de sus glorias, me jactasse
tal vez de ellas, y que quando
heredo faltas notables,
quien se preciàra en los bienes,
no se despique en los males?
à cuyo fin, este luto
publìca en triste lenguage
del difunto honor, que lloro,
las exequias funerales.
Y pues la prueba mejor
en nuestros estilos, se hace
reduciendo su sumaria
al termino de un combate:
contra quantos lo contrario
imaginàren probarme,
defiendo, que Estefanìa
(que en sòlio de Zafir yace)
muriò inocente; y que quien
otra cosa imaginàre
con la idèa, que lo piense,
con la voz, con que lo trate,
con la accion, con que lo expresse,
miente, como ruin, infame;
y para que lo mantenga,
lo que protesto delante
de vuestra Real Magestad,
Plebeyos, Nobles, y Grandes
(hablando en comun con todos,
y en particular con nadie)
el que acceptàre este duelo,
alce del suelo esse guante.

Arroja un guante al suelo, y vase.

Hern. Hay tal arrojo! *Tello.* Conmigo
no habla. *Rey.* Aunque el arriesgarle
siento en la lid, conocer *ap.*
es preciso quan bien hace.

Elvira. Segunda vez me enamora *ap.*
su valor. *Const.* O, si lograsse, *ap.*
que para vencer mis zelos
osada punta le acabe!

Calf. Todos se miran; hermosa *ap.*
perspectiva de visages!

Rey. Què es esto? no hay, Cavalleros,
quien essa prenda levante?

Alvaro. Sì hay; pues siendo yo con quien
tuvo aquel passado lance,
quièn duda que habla conmigo?
Y porque el valor declare,
que Alvaro Anzùres sustenta
lo que dixo en qualquier parte,
acceptarè el desafio.

Al querer levantar Alvaro el guante, le detiene Hernan Ruiz.

Hern. Què haceis? dònde vais? pues cabe
que el intempestivo arrojo
de un rapàz empeñe à nadie?
mio es el guante, que no es bien,
al vèr que conmigo hable,
que sin castigo se quede.

Alvaro. Tan facil es castigarle?
mas mirad::- *Hernan.* Què he de vèr?

Rey. Que *Levantanse todos.*
ya vos le quereis en valde,
pues Hernando dice bien.

Alvaro. Permitid, señor, que estrañe,
que vos, que en Castilla sois
de las Leyes el Atlante,
assì revoqueis sus fueros,
permitiendo que embarace
el desafio del hijo,
la tenacidad del padre.

Rey. Quièn os ha dicho, que en mi
recto advertido dictamen,
es possible que derogue
lo que he confirmado antes?
El duelo està ya admitido;
y siendo de uno, no es dable,
que no le pretenda? *Hernan.* Pues
quièn, señor, ha de lidiarle,
estando el guante en mi mano?

Rey. Quien tiene en su mano el guante.

Hernan. Yo::- si::- muerto estoy!

Elvira. Elena, *Al oìdo.*
dudas à dudas se añaden.

Rey. Assi de mi muerta hermana *ap.*
logro enmendar el ultraje,
pues es preciso que èl ceda.

Hernan. Ya que me he cobrado, dadme
licencia, señor, de que
os pregunte (pena grave!)
què dixisteis. *Rey.* Dixe, Hernando,
que en estatutos legales
no cabe interpretacion;
y como las Leyes manden,
sin excepcion de personas,

que el que la alhaja levante,
con que cita el retador,
su enemigo se declàre:
al vèr essa en vuestra mano
(sin que aora el juicio se pàre
al averiguar con que
intencion le levantasteis)
acceptado el duelo queda
por vos; y aunque es bien repàre
lo no visto del empeño,
lo peligroso del lance,
y el daño que haràn tan nuevos
perniciosos exemplares;
con todo, como Rey justo,
estàr debe de mi parte
solo, que al citado reto
seguro campo os señale:
y no penseis, que por ser
la hermosura que matasteis
mi media hermana, me mueve
à hacerlo el querer vengarme
de vos; pues à querer esto,
me huviera sido mas facil,
que antes que en el campo os lidie,
en aquel Castillo os mate. *Vase.*

Hernan. Muda estatua soy de yelo!

Const. Quièn viò caso mas notable!

Inès. Esto està peor que estaba.

Tello. Hernando, aunque el admirarse
es propio en tan nuevo caso;
bolved en vos, por si hallàre,
quien no supo prevenirle,
modo de desempeñarle. *Vase.*

Alvaro. A ser posible intentar,
que à mi espiritu arrogante
cediesseis aquella prenda,
vierais, como en el combate
os desempeñaba yo;
mas pues no puede intentarse,
vos sabreis bien castigar
osadìas de rapaces. *Vase.*

Elvira. Vèn, Elena, à celebrar
quàn bien Fernando restaure
su credito; pues es fuerza,
que se desmienta su padre. *Vase.*

Elena. No era menester que èl *ap.*
se desmienta, si yo hablasse. *Vase.*

Const. Si es imposible que el duelo
llegue à efecto, ansias, matadme. *Vase.*

Casf. Señor mio, usted discurra
en tantas dificultades
lo que debe hacer, de suerte,
que haga el mayor disparate:
y por si usted no los tiene
tan à la mano, avisadme,
que para hacer desatinos (*Vase.*
soy grande hombre: Dios os guarde.

Hernan. Estrella, què me sucede?
Firmamentos Celestiales,
còmo haveis guardado à un hombre,
à que estrene miserable
el desdichado exemplar
de lidiar un hijo à un padre?
Valgame Dios! què he de hacer?
Si salgo, procedo infame,
pues agente de mi injuria,
parece que hago su parte;
si no salgo, no consigo,
que mi pundonor se lave,
que es el pundonor de mi hijo:
pues otro medio mas facil,
que es confessarme engañado,
nada remedia; pues antes
juzgaràn, que ha sido medio
para que el duelo se ataje,
y se estàn las opiniones
en su primero dictamen:
pues yo matar à mi hijo,
quando mas debo estimarle
por ser honrado; y quererle,
còmo en mi cariño es dable?
Si no le doy muerte, muero;
pues el Rey, que hasta este trance
callò el propio deshonor,
viendo, que sin causa grave
matè à su hermana, porque
conste à todas las edades,
por solo razon de estado
la cabeza ha de quitarme:
Y lo que es peor de todo,
yo estoy (aun no lo oiga el aire)
creyendo que Estefanìa
fue traidora, vil, è infame.
Ya es fuerza vencerme à mì,
antes que à otros desengañe.
Cielos, en tanta avenida

de

de tormentos, de pesares,
de empeños, de confusiones,
sin norte, rumbo, ni lastre,
ò el tiempo descubra el puerto,
ò antes mi vida se acabe,
que vea el mundo, para assombro
de los futuros anales,
por Actisolar su Honor,
Competidor Hijo, y Padre.

JORNADA TERCERA.

Salen Hernando, y Fernando, cada uno por su puerta sin verse.

Fernan. Astros para mi fatales,
pues en continuos desdenes,
antipodas de los bienes,
centro me haceis de los males:
havrà pesares iguales
al dolor de mi cuidado?
no; pues estoy en estado
de mi propio sèr quexoso,
que para ser venturoso
me es fuerza ser desdichado.

Hernan. Fortuna, que siempre errante,
para todos te advertì,
quando solo contra mì
te experimento constante:
havrà dolor tan gigante,
como el que sufro fatal?
no; que à mi bien es igual,
y hiere con mas desdèn
un mal, que parece bien,
que un bien, que parece mal.

Fernan. Yo de un padre retador?
Hernan. Yo de mi hijo retado?
Fernan. Hay mas infelìz estado?
Hernan. Hay desventura mayor?
Fernan. Mas de èl solo fue el error,
pues fue èl quien levantò el guante.
Hernan. Pero yerro semejante
no es mio, sino del Rey;
pues hizo que fuesse ley
el que la prenda levante.
Fernan. Pero que èl ceda es forzoso,
y que restaure, colijo,
el honor de madre, è hijo,
como padre, y como esposo.
Hernan. Pero en tan dificultoso
duelo, que èl llegue à ceder
es indubitable, al vèr,
que ser vil trofèo alcanza,
por dar sèr à una venganza,
lidiar à quien le diò el sèr.
Fernan. Pero alli mi padre viene.
Hernan. Pero alli mi hijo està.
Fernan. Llegarè à hablarle, pues ya
es esto lo que conviene. *Encuentranse.*
Padre, y señor, aqui tiene
tu afecto un hijo rendido.
Hernan. Seais, Fernando, bien venido.
Fernan. Dadme à besar vuestra mano.
Hernan. Quitad, que lo cortesano
no dice con lo atrevido.
Fernan. Por què vuestro ceño vàrio
contra mì, señor, se altera?
Hernan. Nunca yo de otra manera
he tratado à mi contrario.
Fernan. No procedais temerario,
ajando mi noble brio;
pues no vèr es desvarìo,
quando obediente me muestro,
que sin querer serlo vuestro,
vos pretendeis serlo mio.
Hernan. Tù no defiendes, que ha sido
mal hecho lo que he obrado?
Fernan. Sì, pues quizàs engañado
os creisteis ofendido.
Hernan. Essa accion contra mì ha sido.
Fernan. No es; pues en igual contienda,
por dar à un error enmienda,
creyò mi pena infelice,
que sea quien me lo dice
el propio que le defienda:
vos sì tomasteis la accion
para lidiar contra mì.
Hernan. Yo embarazar pretendì
de tu muerte la ocasion.
Si del Rey la indignacion
el duelo me hizo acceptar
viendome la prenda alzar,
culpete à tì la imprudencia
de ponerla en contingencia
de poderla yo tomar.
Fernan. Yo en querer mi honor entero

à ser quien soy satisfice.

Hernan. Y yo en defender lo que hice,
obro como Cavallero.

Fernan. Esso es proceder severo
contra tu propio interès,
pues bolver por tu honor es:
y si mi padre no fueras::-

Hern. Què hicieras, rapàz, què hicieras?

Fern. Besarte, señor, los pies. *Arrodillase.*
Padre, con honra he nacido,
tu misma sangre obra en mì;
no me desdores assi:
piedad à tus plantas pido.

Hern. Què es esto? yo enternecido? *ap.*
tal flaqueza manifiesto? *Llora.*
Hijo::- mal nombre te he puesto:
enemigo, aquesta ley
me la hace observar el Rey.

Fern. Pues el Rey::- *Hern.* El Rey::-

Sale el Rey. Què es esto?
què es lo que os mandò observar?

Hernan. Señor, la ley de tener
que sentir, que padecer,
que sufrir, y que llorar.

Rey. Reprimid vuestro pesar,
que pues estoy de por medio,
ya yo he discurrido medio,
que os logre dexar iguales.

Fernan. Mucho serà que à dos males
pueda bastar un remedio.

Rey. Que un hijo mida el acero
con su padre, es accion dura:
dexar la opinion segura
de mi hermana, es lo primero:
uno, y otro considero
à favor de vos, y vos;
pero no encuentro, por Dios,
mas medio que el discurrido.

Los dos. Igual, gran señor, ha sido?

Rey. Ceder uno de los dos:
ò tù debes confessar,
que fue tu madre culpada;
pues ya la mancha lavada,
nadie la puede notar,
y dexarme sentenciar
contra ella el pleyto con esso:
ò tù decir, que el excesso
de haverla la muerte dado
cometistes engañado,
como lo infiere el Processo:
mirad lo que haveis de hacer,
para poder yo juzgar.

Hernan. Pues en esso hay que dudar?
Fernando debe ceder:
si yo mismo lleguè à vèr
mi afrenta, y en sus despojos
satisfago mis enojos;
no seràn nuevos agravios
querer desdecir los labios
lo que averiguan los ojos?

Fernan. Los ojos suelen error
padecer, mas no la fama;
porque voz de Dios se llama
la voz del Pueblo, señor:
luego ceder en rigor
debe mi padre, atendidos
los creditos adquiridos
de mi madre en sus despojos;
pues si èl se atiende à los ojos,
yo me atengo à mis oìdos.

Hernan. Sentada ya mi opinion,
se tendrà por liviandad,
que ceda en una verdad
tan agena de passion:
Que cedas tù es mas razon,
que ademàs de ser virtud
tu obediente prontitud,
te disculpa, à mi entender,
el que haya podido ser
ardor de la juventud.

Fernan. Si tu opinion te estorvò,
seguir lo mismo me agrada,
que tù la tienes sentada,
y es fuerza sentarla yo:
Ceder à tì te tocò,
pues demàs de ser piedad
confessar una verdad,
te es descargo el discurrir,
que se puede atribuir
à error de la ancianidad.

Rey. No acabais de resolver?

Hernan. Señor, para no cansaros,
de lo que una vez afirmo,
en mi vida me retrato.

Fernan. Ni yo; que si una muger,
à fuer de buen Hijodalgo,

me

me encargàra su defensa,
estaba en ley obligado,
fuesse qualquiera, à ampararla;
pues què se dirà, si acaso
lo que hiciera por qualquiera,
por una madre no hago?
Rey. Pues advertid, que he cumplido,
y que ya no irà à mi cargo
el mal exemplo de vèr
que salgan desafiados
padre, è hijo. *Fernan.* El cederà,
señor, para bien de entrambos.
Hernan. Con el tiempo, gran señor,
se vencerà esse muchacho.
Rey. Pues mientras el tiempo llega,
para mañana os señalo
el campo de la batalla
delante de mi Palacio:
y supuesto, que tan ciegos,
tan torpes, tan obstinados
os halla la piedad mia,
idos de mi vista entrambos.
Fernan. Señor::- *Hernan.* Señor::-
Rey. Què esperais?
Fernan. Yo, obedeceros, dudando
de què nazca vuestro ceño;
pues en proseguir mi brazo
empeño tan de vos propio,
mas os sirvo, que os agravio. *Vase.*
Hernan. Aunque os irriteis, señor,
debeis advertir, que quando
contra mi sangre pelèo,
y contra mi honor batallo;
si le hay, à nadie le està
mejor, que à mì el desengaño. *Vase.*
Rey. Esse es el que anhelo yo;
y pues el lance passado,
en que turbada la Esclava
permitiò algunos amagos
à mis dudas, me descubre
distante luz, que no alcanzo:
vive el Cielo, que con ella
se ha de estrechar mi cuidado,
que sin duda algun secreto
guarda en orden à este caso.
Pero aqui Constanza viene;
de ella, para lo que trazo,
me he de valer. *Salen Constanza, è Inès.*
Const. Y tuviste
modo de hablar à Fernando?
Inès. Aora le vì salir,
y le dixe, aunque de passo,
viniesse al Jardin. *Rey.* Estimo,
Constanza, haverte encontrado.
Const. Como yo el tener, señor,
en que serviros.
Al paño Alvaro. Hablando
estàn Constanza, y el Rey;
oculto esperarè un rato
que la dexe, para hablarla.
Rey. Asi el intento logramos,
si me pone tu fineza
en el parage, que aguardo.
Const. Corresponder, gran señor,
debo en la fè, que os consagro,
à vuestro afecto; estarè
en el Jardin esperando
con Elena. *Alvaro.* Què oigo, Cielos!
no bastan los de Fernando,
sino otros zelos del Rey?
de zelos à zelos vamos.
Rey. Con la disculpa de ser
à la musica inclinado,
ordenando tù que estè,
como otras veces, cantando,
podrè entrar à verte, y verla;
y puesto que hasta lograrlo
no sossegarè, vè, pues,
y dispon lo que te mando. *Vase.*
Alvaro. Ya quedò sola. *Const.* Supuesto,
que tengo determinado
con una noble venganza
triunfar de un error villano,
ya que à Fernando avisastes;
dònde, Inès, nuestro cuidado
hallar à Alvaro pudiera?
Sale Alvaro. A tus pies, que adivinando
mi infausta cruel estrella,
que no puede ser llamado
à otra cosa, que à pregones,
pesares, y sobresaltos;
por no perder su crueldad
tiempo, me trae el acaso
à que me estorve el oirlo
el consuelo de ignorarlo.
Const. Algunas veces se suele

engañar el juicio humano:
y aunque todas hasta aqui,
Alvaro, en mì havràs hallado
los despegos, que encareces;
desde el Invierno al Verano,
à desvelos del Abril,
muda de semblante el campo:
y assi, no el juicio anticipes,
que tal vez no es embarazo,
para ser oy muy dichoso,
ser ayer muy desdichado.

Alvaro. Arrojàrame à tus pies
para sellar con mis labios
la hermosa huella, que estampas,
à no estàr imaginando,
que dicha mia, es preciso
que sea sueño, ò sea engaño.

Const. Pues no es engaño, ni sueño;
y para hablarte mas claro,
yo quise à Fernando bien,
quando fue leal Fernando:
teniendo zelos de tì,
quise darle el desengaño;
y no tan solo grossero,
desatento, infiel, tirano,
no me le quiso admitir,
sino es, prosiguiendo incauto
en los amores de Elvira,
de ella la noche llamado,
que con su padre reñistes,
entrada le diò en Palacio.
De estas ofensas herido
un pecho, que no es de marmol,
no es mucho, que en su mudanza
procure su desagravio.
Y pues te he reconocido
fino, atento, y cortesano,
leal, obediente, y cuerdo,
vea el mundo, que en el blando
imperio de Amor tambien
hay numen justificado,
que sabe premiar al fino,
y castigar al ingrato.
Desde oy, Alvaro, veràs
quan facilmente passamos,
obligadas las mugeres,
del rencor al agassajo:
pero porque no se diga,
que te quedas desairado,
sin mostrar, que de este duelo
fuiste motivo, te encargo,
que ya que lidiar no puedes
como principal, tu garvo
como accessorio pelee:
y esto lo veràs logrado
contra Fernando, si entras
à Hernan Ruiz apadrinando.
Vean, que lo que una vez
le predixiste arrestado,
como puedes lo mantienes
puesto del contrario vando.
Y si acaso en la palestra
te dà forma algun acaso,
por complacer mi venganza,
que le dès muerte te mando:
y si esto executas pronto,
leal, atento, y gallardo,
en premio de ambas finezas,
segura tienes mi mano. *Vase.*

Inès. Oye usted; y si me encuentra
al picaro del Criado
(que tambien con Elenilla
suele enrizarme el penacho)
dexese usted de primores,
y demele dos porrazos;
que si lo hace, aqui tendrà
un favor para un Lacayo. *Vase.*

Alvaro. En nada mejor conozco,
que no es la fineza engaño
de Constanza, como en vèr,
que quiera que obre bizarro:
y pues he de obedecerla,
buscarè à Hernan Ruiz de Castro;
pues ambos de una opinion,
un motivo assiste en ambos,
para que yo salga airoso,
y èl quede desempeñado. *Vase.*

Salen Doña Elvira, y Elena.

Elvira. Aqui tu suave acento
que acompaña las ràfagas del viento,
podrà con tu dulzura, Elena mia,
divertir mi mortal melancolìa.

Elena. Imaginando estoy, que la tristeza
debe de ser de tal naturaleza,
que contagioso mal pegarse puede;
y assi, de mi pesar tu mal procede.

Elvira. Ay Elena! yo tengo
motivo en el disgusto que mantengo?
pues desde que ha sabido
Fernando, que es el Rey el que rendido
festeja mi belleza,
me trata con despego, y estrañeza:
A aquella reja quiero
(por si acierta à passar por el terrero)
ponerme; y mientras tanto,
la sonòra harmonìa de tu canto
dissimùle la accion, que amante sigo,
con esso juzgaràn que estoy contigo.
Vase Elvira.

Elena. Ay Cielos! quièn hallàra
en tan dudoso mal, pena tan rara,
como vive mi pecho atosigado,
un nuevo modo de llorar cantado.
Pero pues no le encuentro,
salga, salga del centro
la q̃ es dulzura en otros, y en mì espanto,
y harè cuenta que lloro lo que canto.

Canta. Sonòra Tortolilla,
si en tu mal te lamentas:
cè, no te expliques,
ay! no te entiendan;
que si pierdes tu quexa, y tu alivio,
de què te sirve tu alivio, y tu quexa?
Mas quedito trinando suspira,
mas passito llorando gorgèa.
Al paño el Rey, y Constanza.

Const. Sola està. *Rey.* A buena ocasion
llegamos. *Const.* No solo es buena,
sino es la mejor; que pues
vuestra Magestad intenta,
que nadie llegue à estorvarle,
de guardia quedo en la amena
estancia del Jardin. *Rey.* Vete.

Const. Quiera el Cielo, que no vengan
Alvaro, y Fernando, hasta
que el Rey à ausentarse buelva. *Vase.*

Canta Elena. Si en tu silencio consiste
el consuelo, que reservas,
què mas dicha, que tener
tu ventura en tu cautela?
Mas quedito trinando suspira,
mas passito trinando gorgèa.

Sale el Rey. Aunque persuada tu voz
tan provechosa sentencia
como que calle, quien tiene
su precipicio en su lengua,
ya que esta vez te hallo sola,
no te ha de valer, Elena,
en el enigma que guardas,
la maxima que aconsejas.

Elena. Señor, vuestra Magestad
aqui? *Rey.* Si; porque me es fuerza
inquirir de tì un secreto,
en que mi honor se atraviessa.

Elena. Ay de mì! si de mi culpa *ap.*
alcanza alguna sospecha?
Yo::- quando::- si::- *Rey.* No te turbes.

Elena. O Cielos, y quien pudiera *ap.*
llamar à Elvira, porque
me estorvasse tanta pena!

Rey. Quando en tu quarto Hernan Ruiz
de la terrible violencia
te recordò del desmayo,
ronco el pecho, y la voz yerta,
sin aliento el corazon,
y las palabras sin fuerza,
de decir lo que ocultabas
no le hiciste mil promessas?
Pues yo he de saber, villana,
quantos secretos reservas,
ò te he de dar dos mil muertes.

Elena. Señor, sino consideras,
que Elvira::- *Rey.* No alces la voz.

Elena. Es que es preciso que entiendas,
que quando Elvira::- *Rey.* No callas?
Al paño Doña Elvira, y Doña Constanza.

Elvira. Si me està llamando Elena,
por què no quieres, Constanza,
que passe de aqui? *Const.* Esta senda
me mandò guardar el Rey,
porque està hablando con ella;
y assi, no puedes passar.

Elvira. Hà traidora! alguna nueva
cautela tuya serà.

Const. Para que tu error advierta,
que quien hace las traiciones,
es sola la que las piensa,
que los oigas te permito
conmigo, desde esta espesa
celosìa de jazmines.

Elvira. Basta, que aun para que atienda
lo que tù, he venido à tiempo

en que te pida licencia.
Rey. Supuesto, que hablar prometes,
habla: Hà! si el Cielo quisiera, *ap.*
que para estorvar el reto,
todo en declarar fenezca
esta Esclava lo que calla.
Elena. Pues primero soy yo que ella, *ap.*
perdone esta vez Elvira.
Verdad es, señor, que apenas
bolvì del mortal desmayo,
la noche que vuestra Alteza
entrò en mi quarto, propuse
hablar; mas viendo que era
preciso, que un desengaño
tan cara à cara te ofenda,
bolvì à cobrarme, y callè.
Rey. Ofenderme, en què manera?
Elena. En que si os huviera dicho,
que hasta alli mi culpa era
haverme mandado Elvira,
que baxasse à hacer la seña
à Fernando Ruiz de Castro,
que le esperè en una reja
del terrero, y que despues
entrandole por la puerta
del muro::- *Rey.* Còmo, què es esso?
Cielos, yo vine por nuevas *ap.*
de mi honor, y de mi amor
las hallo malas, y ciertas.
Elvira. Ha traidora! *Const.* Quedo, Elvira,
escucha, y presta paciencia.
Elena. Y que despues à mi quarto
Elvira à Fernando lleva,
donde mucho rato solos
hablando estuvieron::- *Rey.* Sella
el labio; pero no, dì:
vive el Cielo::- *Elvira.* Crueldad fiera!
Elena. Y que viendo que venìas,
y con la llave maestra,
quizàs sospechoso ya
abriendo estabas la puerta::-
Rey. Vive Dios, que era Fernando *ap.*
quien Tello viò entrar. *Elena.* La fuerza
de la turbacion, al vèr
que à matar la luz se arresta,
y entrando su padre à escuras,
al tiempo que yo una vela
sacaba, entre ambas espadas,
de un estupor la violencia
me embargò todo el aliento,
y me cortò de manera,
que en el suelo desmayada
caì. *Elvira.* Mas valiera muerta:
Dexame salir. *Const.* A què?
si ya todo lo que intentas
que se ignore, sabe el Rey.
Elvira. Ha traidora! que ha sido esta
accion forjada por tì,
trayendo al Rey à que inquiera
de essa infame mis secretos;
què indignamente te vengas!
Const. Engañaste, Elvira, que antes
siento mucho el que lo sientas.
Rey. En fin, que por el balcon
se arrojò? *Elena.* Assi me lo cuenta
despues Elvira; y supuesto
que sus secretos franquèa
mi temor, solo te pido::-
Rey. Què? *Elena.* Que Elvira no lo sepa.
Rey. Anda, que no lo sabrà.
Elena. De buen susto, à costa de ella,
he salido. *Vase.*

Salen Elvira, y Constanza.

Elvira. Essa palabra,
gran señor, no es facil pueda
vuestra Magestad cumplirla.
Rey. Por què? *Elvira.* Porque quanto essa
vil Esclava os ha contado,
he oìdo. *Rey.* De essa manera,
bien podrè culparte yo,
ingrata enemiga bella,
el vèr que por un vassallo,
à un amante Rey desprecias.
Elvira. Mire, señor, lo que dice
vuestra Magestad, y crea
(aora verà Constanza *ap.*
si le sè bolver la flecha)
que no por mì, el que haya hablado
essa traidora me pesa,
sino es por mi prima, à quien
le toca quanto revela.
Const. A mì, Elvira?
Elvira. A tì, Constanza;
pues tus persuasiones necias,
siendo amante de Fernando,
desde que en aquella Aldèa

mu-

ambos os criasteis juntos,
me forzaron à que hiciera,
que à verte huviesse venido
de noche al quarto de Elena.
Const. Te engañas.
Elvira. Què es que me engaño?
Rey. Nada que dudar me dexan.
Elvira. Què es mentira? que porque
de la passada pendencia
con Don Alvaro pudiesses
satisfacerle tù mesma
los zelos, me hiciste hacer
la torpe indignidad ciega
de estarle yo persuadiendo,
que bolviesse à tus finezas?
Y haciendote tiempo, quando
antes de que tù vinieras,
passò con los dos Fernandos,
lo que la Esclava confiessa?
Pues, Constanza, aquesto no,
que aunque las Reales orejas,
con tan indignas noticias
se lastimen, y se ofendan;
quando me dexas culpada,
la Ley natural me enseña,
à que es primero bolver
por mi honor (salva tu quexa)
y aunque tanto desacato,
señor, ante vos cometa,
pues de Constanza es la culpa,
no ha de ser mia la pena. *Vase.*
Const. Gran señor, plegue à los Cielos::-
Rey. Quitate de mi presencia,
que ya conozco de entrambas
las traiciones. *Const.* Pues no dexas
que me disculpe, à los ojos
havrà de apelar la lengua. *Vase.*
Rey. Cielos, Fernando se atreve,
viendo que Elvira le alienta,
à profanar mi Palacio!
A Constanza galantèa
Alvaro, y por ella riña!
En tan asperas materias,
mas que irritar la venganza,
debe templar la prudencia.
A Dios, loca passion mia,
pues en mì es razon que pueda,
mas que el tesòn de mi amor,
el lustre de mi grandeza. *Vase.*

Tocan Caxas, y Clarines, y salen Ines, y Calforras.

Calf. De no haver ido al Jardin,
como ayer se le ordenò,
mi amo venir me mandò
à dar su disculpa, à fin
de que Constanza no crea,
que à hacerla desaire aspira.
Inès. Como cumpla con Elvira,
que es à quien èl galantèa,
y à Elena vuessa merced,
qualquiera atencion se ignora.
Calf. Diga esto ustè à su señora.
Inès. Ya buelvo; aguardeme usted.
Calf. Mire usted, que estoy de duelo,
y no me puedo aguardar.
Inès. Poco le harè à ustè esperar. *Vase.*
Calf. La cortesìa es buñuelo:
pero zelos son de Elena
el dengue, y la seriedad.
Sale Elena. Dònde la riguridad
me arrebata de mi pena,
que haviendome assegurado
el Marcial acorde ruido,
que para el reto admitido
es oy el dia aplazado,
tràs el ciego frenesì,
que me hace en dura afliccion
pedazos el corazon,
me trae? mas quièn està aqui?
Calf. Melancolica beldad, *ap.*
que miedo, y cariño mete:
Quièn ha de ser? un pobrete,
que, amante de essa deidad,
te sacrifica su fè.
Elena. Calforras, dime, què estruendo
es este, que se està oyendo?
Calf. Yo, mi bien, te lo dirè:
esto es, que del desafio
entre hijo, y padre llegò
el dia. *Elena.* Bien temì yo. *ap.*
Calf. Y siguiendo el desvarìo,
que hasta oy estàn litigando,
el Rey para la funcion
Juez del campo ha hecho à Ramon;
y padrino de Fernando
el mozo es Tello de Lara;
Alvaro Anzùres, del viejo:
ay, què divino entrecejo!

bien haya amen essa cara.
Elena. Prosigue, y no hables assi,
que el Rey entra en el espacio
de la Plaza de Palacio.
Calf. Todo està à punto. *Elena.* Ay de mì!
Sale Inès. Dì à tu amo::- pero què miro?
Elena. Vete, no te vea Inès.
Calf. Quièn essa señora es?
no viene àzia mi esse tiro.
Elena. Es tu antigua conocida.
Calf. Por cierto noble bocado.
Inès. Ha infame desvergonzado!
Calf. Una puerca relamida;
no compare à un Serafin
con sus altos, y sus baxos,
à muger que trae zancajos
debaxo del faldellin.
Inès. Mientes, picaro sin ley. *Dale.*
Calf. Ay Dios, que me despedaza.
Elena. Inès, Inès. *Dent. voces.* Plaza, plaza.
Elena. Repara, que viene el Rey.
Inès. Su maldad, sino viniera,
uno, y otro me pagàra.
Calf. Los diablos lleven la cara::-
Dent. voces. Plaza, plaza: fuera, fuera.
Tocan Caxas, y Clarines, y salen el Rey, Alvaro, Tello, Ramon, Elvira, Constanza, y Hernando, y Fernando armados para reñir.
Rey. Ya que para componeros
no he podido hallar camino,
buelvo à decir, que à mi cuenta
no vaya tan nunca visto
exemplar. *Fern.* Señor, protesto
ante vuestros pies rendido,
que en lidiar con quien pelèo,
contra mi padre no lidio,
sino es contra quien mi honor
quiere ultrajar persuadido,
à que lo que hizo en tu ofensa,
fue bien hecho, y fue bien dicho.
Hern. Tampoco yo, gran señor
(si la metafora sigo)
contra mi hijo pelèo,
sino es contra el que ha querido,
que desmintiendome à mì,
desdore el pundonor mio.
Rey. Pues supuesto, que resueltos
es en vano persuadiros
à otra cosa: Juez del Campo?
Ramon. Señor. *Rey.* Està prevenido
todo? *Ramon.* Todo està ordenado.
Rey. Id, y exerced vuestro oficio.
Ramon. Todavia estoy dudando *ap.*
lo que toco, y lo que miro. *Vase.*
Alvaro. Yo supuesto, que la honra
me tocò de ser padrino
de Hernando (para el efecto,
que dirà el sucesso mismo)
à reconocer el campo
me adelanto. *Vase.*
Tello. Y yo à lo mismo;
pues siendolo de Fernando,
cumplir mi cargo es preciso. *Vase.*
Elvira. O! alcance yo à verle solo, *ap.*
pues hablarle solicito. *Vase.*
Elena. O! halle yo forma, de que *ap.*
temple el volcàn, que respiro.
Rey. No hay ya q̃ esperar, Hernando. *Vase.*
Hern. Vamos. *Fern.* Con tanto desvìo,
Padre, os vais? pese à mi honor!
Hern. Pues què quereis? *Fern.* Que vencido
de mis ruegos en la parte
que tiene la accion, que sigo,
de irreverencia, me des
el perdon, que à tus pies pido:
dexame besar tus plantas. *Arrodillase.*
Hern. Esso me pides, mal hijo?
plegue à Dios::- *Fern.* Què?
Hern. Que te traiga
triunfante de tu enemigo.
Fern. Antes, señor, en mi pecho
se estrene tu acero limpio.
Hern. En fin, que contra tu padre
vàs à esgrimir el cuchillo?
Fern. En fin, que vàs à lidiar
contra el que de tì ha nacido?
Hern. Este es rigor de la estrella. *Llora.*
Fern. Esto es crueldad del destino:
lloras, padre? *Hern.* Què sè yo. *Vase.*
Calf. Yo tambien enternecido,
apenas vencerme puedo:
mocos, salid hilo à hilo.
Const. Llegò à mi satisfaccion *Vase.*
el dia. *Elena.* Cielos Divinos, *ap.*
parece que de mi pecho
se ha apoderado el Abismo! *Vase.*
Inès. Para èsta. *Calf.* Llevete el diablo. *Vanse.*

Fern. Aſtros para mì enemigos,
en què vendràn à parar
tan dudoſos laberintos! *Vaſe.*

Tocan Caxas, y deſcubreſe en un Trono el Rey, y à ſus pies todas las Damas, y ſalen Ramon, y Soldados.

Ramon. Pues ya vueſtra Mageſtad
vè que deſpejado el ſitio,
la Paleſtra aſſegurada,
y el ſilencio introducido;
Mantenedor, y Retado
ſolo aguardan el aviſo:
què ordenas? *Rey.* Que del Clarìn
ſeñal haga el bronce herido.
Elena. Aun no me puedo aquietar. *ap.*
Elvira. Ya en la Paleſtra diviſo
à Fernando. *Ramon.* Toca à marcha.
Conſt. Si lograrè mi deſignio? *ap.*
Rey. Aun eſpero, que uno ceda
de los dos, ò padre, ò hijo. *Caxas.*

Por un Palenque ſuben al tablado Calſorras con varas, Tello de Padrino, y Fernando de luto, y Criados con armas.

Ramon. Cavallero, que en la valla
os preſenta vueſtro brio,
quièn ſois?
Tello. Fernan Ruiz de Caſtro.
Ramon. Eſperad en vueſtro ſitio,
mientras el Aventurero
huella à la Paleſtra el circo. *Caxas.*

Suben un Soldado con varas, Alvaro de Padrino, y Hernando de gala, y Criados con armas, y ocupan ſu pueſto.

Vos, que al circo os preſentais,
dadme de quien ſois indicio.
Alvar. Hernan Ruiz de Caſtro. *Ram.* Bien:
y pues ambos incluìdos
en la Paleſtra, es forzoſo
cumplir al duelo los ritos;
ante la alta Mageſtad
de Don Sancho, Rey invicto
de Leon, y de Caſtilla,
haveis de llegar conmigo
à hacer el pleyto omenage. *Caxas.*
Los dos. Vamos. *Rey.* Antes es preciſo
(porque à todo el mundo conſte
faber à què ſois venidos)
que jureis, que ni rencor,
embìdia, ni otro, motivo,
que el defender una honra,
os hace ſer enemigos.
Los dos. Sì juramos. *Rey.* Que ſin pactos,
ſuperſticiones, ni hechizos,
lidiais, ſolo del valor
de vueſtros brazos validos.
Los dos. Sì juramos. *Rey.* Pues las armas
reconozcan los Padrinos,
como es uſado, à los dos. *Caxas.*
Alv. y Tello. No hay ventaja, ni artificio,
que deſigualarlos pueda. *Midenlas.*
Ramon. Pues mientras dure el conflicto,
ninguno alce voz, que pueda
dar temor, ni dar alivio
à los que à combatir vàn.
Elena. Què frenesì, què delirio! *ap.*
Todo el Infierno en mi pecho
parece que ha introducido
el Cielo; una oculta fuerza
me hace hablar: yo determino
perder de una vez la vida.
Alv. y Tello. Ya teneis el Sol partido;
toca al arma. *Rey.* Al arma toca.

Al embeſtirſe, ſe arroja Elena en medio, y el Rey arroja la vara.

Elena. Tened, parad los bruñidos
aceros, que el Cielo quiere
deſcubrir ſus juſtos juicios.
Rey. Suſpended ambos la accion,
haſta vèr con què motivo
dà eſtas voces eſſa Eſclava.
Todos. Què es eſto? *Elena.* Es que me miro
en un ſulfureo volcàn,
en un Mongibelo activo
arder haſta el corazon;
y parece que à mi oìdo
me eſtà diciendo una voz,
que en vano à librarme aſpiro,
ſino confieſſo verdades,
que ya ſe hallan mal conſigo.
Rey. Habla pues. *Elena.* Señor, la vida
es lo unico que pido;
y como eſſa me concedas,
yo hablarè. *Rey.* Què mas caſtigo,
que el que ſientes? yo te otorgo,
porque tanto laberinto
ſe aclare, lo que me pides.
Elena. Pues oìd, ſi los gemidos
que me hace dar mi dolor

no

no me interrumpen à gritos.
Estefania, señor,
que en los eternos Zafiros
yace, inocente muriò:
Yo fui quien haviendo visto
al muerto Conde Don Vela
aficionado à su brio,
le daba entrada de noche,
valida del artificio
de fingir de mi señora
la voz; pues tan parecidos
eran de entrambas los ecos,
que casi eran uno mismo.
Diciendo que era recato,
jamàs le entrè à mi retiro,
sino es de noche, que quando
se quitaba los vestidos
exteriores mi señora,
yo en un retirado sitio
me los ponia, y con esso
daba mas fuerza al indicio.
La noche de la tragedia
yo fui la que en el florido
tapete de aquella fuente,
en engañosos cariños
brindè la muerte à aquel joven:
Yo, la que, abriendo camino
à mi fuga, iba matando
las luces, quando embebido
en su còlera ya Hernando,
hallò aquel Angel divino,
que vino à pagar por yerro,
los yerros de mi delito.
Y pues que yo::- quando::- fui::-
pude (terrible martirio!)
ser (ò! mateme mi espanto!)
la causa (sin vida animo!)
ay de mì! que al pasmo, al susto,
al assombro, al precipicio,
al espanto, à la congoja,
al dolor, al parasismo,
con que sin vivir aliento,
ya sin aliento respiro. *Cae desmayada.*
Hern. Ha infame! *Fern.* Ha vil!
Rey. Suspended
los aceros vengativos,
que si està muerta, es en vano
tal rigor en un rendido.
Alvaro. No ha muerto. *Telo.* Aun alienta.
Rey. Pues retiradla. *Hern* Ay hijo mio!
tù defendias muy bien:
yo era el que estaba sin juicio:
dame la muerte, pues fui
tirano homicida impio
de la beldad mas honesta,
que viò el Sol desde el Olimpo.
Fern. Los brazos te darè, padre;
pues los Cielos han querido
bolver sin mì, por tu causa.
Ramon. Y à mì, Fernando querido,
no me dàs mil parabienes?
Fern. Còmo puede mi cariño
dexar, Ramon, de abrazarte?
Alvaro. Ya en sucesso tan no visto,
no tiene lugar mi nuevo
empeño, que discurrido
havia. *Rey.* Todos debemos
en perpetuo regocijo
dar muchas gracias al Cielo,
pues aun buelve con prodigios
por una inocencia muerta.
Calf. Mal año para su hocico,
à quien hice yo arrumacos.
Inès. No en vano por mi capricho,
siempre aborrecì esta perra.
Fern. Señor, de albricias te pido
la mano de Elvira. *Rey.* Quien
sabe entrar por un postigo
con favor anticipado,
ya essotro tiene adquirido.
Alvaro. Con la de Constanza à mì,
que me honreis, señor, os pido.
Rey. Despues que os cuesta pendencias,
no os la doy, que os la confirmo.
Elvira. Dichoso fin de mis penas.
Const. Contentemonos, destino.
Inès. Toca essos huessos, vergante.
Calf. Toma un monton de nudillos.
Todos. Por Acrisolar su Honor,
Competidor Padre, è Hijo,
aqui tiene fin dichoso,
si acaso merece un vitor.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1762.